DEL AUTOR DE *PORFIRIO DÍAZ. SU VIDA Y SU TIEMPO*

CARLOS TELLO DÍAZ

MAXIMILIANO

EMPERADOR DE MÉXICO

DEBATE

Maximiliano
Emperador de México

Carlos Tello Díaz

DEBATE

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

ADVERTENCIA

El 19 de junio de 1867 Maximiliano, emperador de México, murió fusilado en el Cerro de las Campanas, junto con los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía. Su muerte ocurrió después de la toma de Puebla y el sitio de Querétaro, y precedió la ocupación sin violencia de la ciudad de México, lo cual permitió a su vez la entrada a la capital del presidente Benito Juárez. Todo ello marcó, en 1867, el final del Imperio y el triunfo de la República. Hace ciento cincuenta años. Es el contexto en el que aparece este libro pequeño y modesto, *Maximiliano. Emperador de México*.

El libro está formado por veinticinco capítulos, todos breves, más o menos de la misma extensión, que retratan con empatía la vida de Maximiliano de Habsburgo desde su nacimiento en el palacio de Schönbrunn, en Austria, hasta su muerte en el Cerro de las Campanas, en el corazón de México. Fue escrito hace más de veinte años, con estas características, a solicitud de la editorial Clío, con la intención de acompañar una telenovela sobre Maximiliano y Carlota que, según recuerdo, tenía planeada Televisa. Yo mismo había trabajado ya con Enrique Krauze, director de Clío, en un proyecto de historia novelada para Televisa. La idea, ahora, era hacer un texto muy conciso que fuera acompañado por una abundancia de imágenes –fotografías y retratos, pero también objetos– con el fin de llegar a un público más amplio, como los que había ya publicado Clío sobre el Porfiriato y la Independencia. Pero fue cancelado al final el proyecto de telenovela del Imperio Mexicano, por lo que el libro ya no salió a la luz en Clío. Estuvo

guardado en un cajón durante todos estos años, hasta ahora que aparece publicado con el sello de Debate. Pensé que podía ser leído con interés en un contexto propicio para la reflexión sobre Maximiliano: el ciento cincuenta aniversario de su muerte, que marcó también el final del Imperio Mexicano.

I. El archiduque Maximiliano

Palacio de Schönbrunn, Viena.

El palacio de Schönbrunn era uno de los más bellos de Europa. También uno de los más grandes. Había sido construido en las afueras de Viena para los Habsburgo, soberanos de Austria desde el siglo XIII, cuya política de agrandamiento por medio del matrimonio los había hecho poseer —en adición a los de Austria— territorios en Hungría, España, Francia, Italia y los Países Bajos. Sus miembros más destacados estaban representados en la galería de retratos de Schönbrunn. En este palacio, el 6 de julio de 1832, nació el archiduque Maximiliano, hijo de Francisco Carlos de Habsburgo y Sofía Wittelsbach. Su madre no se levantaba todavía del lecho cuando supo la noticia de la muerte del duque de Reichstadt, un muchacho muy joven, hijo de Napoleón Bonaparte y María Luisa de Habsburgo. El golpe fue terrible para ella. Perdió el conocimiento, sufrió calenturas y, bajo la emoción, se quedó sin leche. Más tarde, recuperó las fuerzas, lentamente, pero sin volver a ser la misma. Sofía, según testigos, "tenía un apego romántico por Reichstadt".[1] Algunos rumoraban, incluso, que con él había concebido al hijo que acababa de nacer en el palacio.

El archiduque Maximiliano en el Tegernsee.
Detalle de óleo Joseph Karl Stieler ca. 1838.

Maximiliano se convirtió con los años en el niño consentido de la corte. Era muy hermoso, con la tez pálida, el cabello rubio, los ojos azules: "encantador, amable, fascinante", escribió la princesa Radziwill.[2] Vestido de blanco, dando de brincos, parecía, según su madre, "una enorme mariposa blanca".[3] El archiduque pasaba sus días entre las plantas exóticas del jardín botánico de Schönbrunn, donde tenía una choza de paja, con piedras en forma de ídolos —su regalo de cumpleaños— en cuyo exterior cantaba un papagayo, obsequio de su tía María Luisa. Vivía en un mundo de fantasía. Incluso conoció de niño al autor Hans Christian Andersen, quien, durante sus visitas a Viena, era convidado por sus padres para leer sus cuentos en los salones del Hofburgo.

En 1836, el conde Heinrich Bombelles, oficial del ejército de Austria, fue

designado preceptor de Maximiliano y de su hermano mayor, Francisco José. Ambos eran muy distintos: el primero de disposición alegre, el segundo de talante austero. Bombelles les impuso a los dos un régimen sorprendente por su severidad. Sus pupilos tenían más de cuarenta y cinco horas de cursos a la semana. Estudiaban geografía, historia, dibujo y cálculo, así como derecho, matemáticas, estrategia y diplomacia. También alemán, inglés y francés, además de las lenguas del Imperio: italiano, húngaro y polaco. Bombelles no desdeñaba la importancia de los ejercicios —los hacía practicar danza, esgrima, equitación— ni tampoco, desde luego, el valor de los viajes. Organizó muchos. Así, a los trece años, Maximiliano salió con sus hermanos a Venecia, donde vio por primera vez el mar Adriático.

Conde Heinrich Bombelles, precoptor de Maximiliano.

II. El heredero al trono de los Habsburgo

En 1848, la revolución sacudió a Europa. En el Imperio de los Austrias, las reivindicaciones nacionalistas —más que las sociales, como en otros países— fueron la causa de la revolución. Kossuth proclamó la autonomía de Hungría. Kollar, la unión de los eslavos en Bohemia. Cavour, la independencia de las provincias de Italia dominadas por Austria: la Lombardía y el Véneto. En Viena, el príncipe Metternich, símbolo de la opresión, tuvo que huir de la ciudad escondido en un carro de lavandera. El emperador Fernando, tío de Maximiliano, huyó también en busca de refugio a Innsbruck. En el invierno, después de sofocar la rebelión, sus ministros lo forzaron a abdicar. La corona, rechazada por su hermano, pasó a manos del hijo mayor de éste: Francisco José. El 2 de diciembre, a las ocho de la mañana, tuvo lugar la ceremonia de coronación en Viena. Fernando I leyó su declaración. "Razones imperiosas nos han conducido a la resolución irrevocable de renunciar a la corona imperial", dijo, "en favor de nuestro bienamado sobrino, S. A. el archiduque Francisco José".[4] En ese momento Maximiliano pasó a ser el heredero de la Casa de Austria.

La relación entre los dos hermanos sufrió a partir de entonces un distanciamiento, acentuado durante la campaña de Hungría. Los magiares no habían querido reconocer a Francisco José, por lo que, en el verano de 1849, los combates estallaron en Raab y en Kmorn. La represión fue brutal en Budapest, que los austríacos tomaron con el apoyo del zar de Rusia. Trece generales fueron fusilados; veinte notables fueron ahorcados; dos mil patriotas fueron apresados. "La posteridad considerará con estupor y horror a

los tribunales que, sin base legal y por la sola fuerza, condenaron a esas personas a una muerte a corto plazo, probablemente porque querían otra cosa que aquello que desea el poder que se coloca por encima de la ley", escribió Maximiliano.[5] Estaba muy impresionado con la represión. Tenía sólo dieciséis años.

Familia de Francisco José I. Foto propia, ca. 1860 Ludwig Angerer, © Wikimedia.

En 1850, Maximiliano salió en un viaje con su hermano Carlos Luis a bordo de la corbeta *Vulcain*. Navegaron primero con destino a Grecia, donde fueron atendidos por los reyes en Atenas. Luego zarparon hacía Turquía. "Ante nosotros se extiende el Oriente con sus riquezas, su vegetación, sus mil deslumbramientos", escribió Maximiliano.[6] No fue defraudado, ni tampoco su hermano. En Esmirna fumaron en narguile y saborearon los sorbetes de las plazas, visitaron los bazares y los baños, las mezquitas y las madrazas, y también el mercado de esclavos, donde pensaban encontrar a las odaliscas inmortalizadas por Delacroix. A partir de entonces, los viajes se multiplicaron. En 1851, luego de sobrevivir un ataque de tifoidea, Maximiliano recorrió Italia y España. Pasó por Nápoles y Florencia, y luego por Sevilla y Granada, donde visitó la tumba de sus antepasados, los Reyes Católicos. Quedó fascinado. "Padecí la suerte [dijo] de todos los alemanes que van al Sur".[7]

III. Los amores de juventud

Maximiliano era alto y delgado, y tenía la mirada azul y soñadora. Habría sido guapo de no ser por el mentón —huidizo, sin carácter— que disimulaba bajo la barba. Era amable, elegante, ocurrente, de risa fácil, de voz aguda y sonora. Sus principios liberales, inculcados por uno de sus tutores, un italiano, chocaban a menudo con el sentimiento de superioridad que le daba su nombre. Era un hombre bueno, sin duda, aunque también algo banal. Así lo revelan por ejemplo sus reglas de conducta, reglas impresas en un cartón que fue localizado, luego de su muerte, en uno de sus bolsillos. *Jamás quejarse,* decía. *Jamás mentir, ni siquiera por necesidad o vanidad. Pensar en las propias faltas al juzgar las del prójimo. Dominar al cuerpo, mantenerlo en la justa medida y en los límites de la moral.*

En el otoño de 1851, mientras navegaba por el Mediterráneo, Maximiliano confesó sus ansias de volver a Viena. Le hacía falta, dijo, "una persona querida en casa".[8] Era la condesa Paula von Linden, una muchacha de diecinueve años, hija del ministro de Wurtemberg. A principios de 1852, la vio de nuevo en los bailes del Hofburgo. Destacaba sobre las demás, toda de blanco, con sus vestidos de crespón aderezados con fondos de tarlatana. Los bailes eran conducidos por la orquesta del maestro Johann Strauss. Aquel año, el martes de Carnaval, antes de salir de casa, Paula recibió un ramo de violetas, sin nombre. Eran de Maximiliano. Con él bailo toda la noche, hasta las doce, cuando empezó la Cuaresma, El emperador Francisco José, sin embargo, reprobaba la relación de Paula con Maximiliano, Así, al término de la temporada, el ministro de Wurtemberg salió despachado con su hija hacia

la embajada de Berlín. Fue el primer romance del archiduque, quien hasta entonces sólo había tenido relaciones con las bailarinas de Trieste.

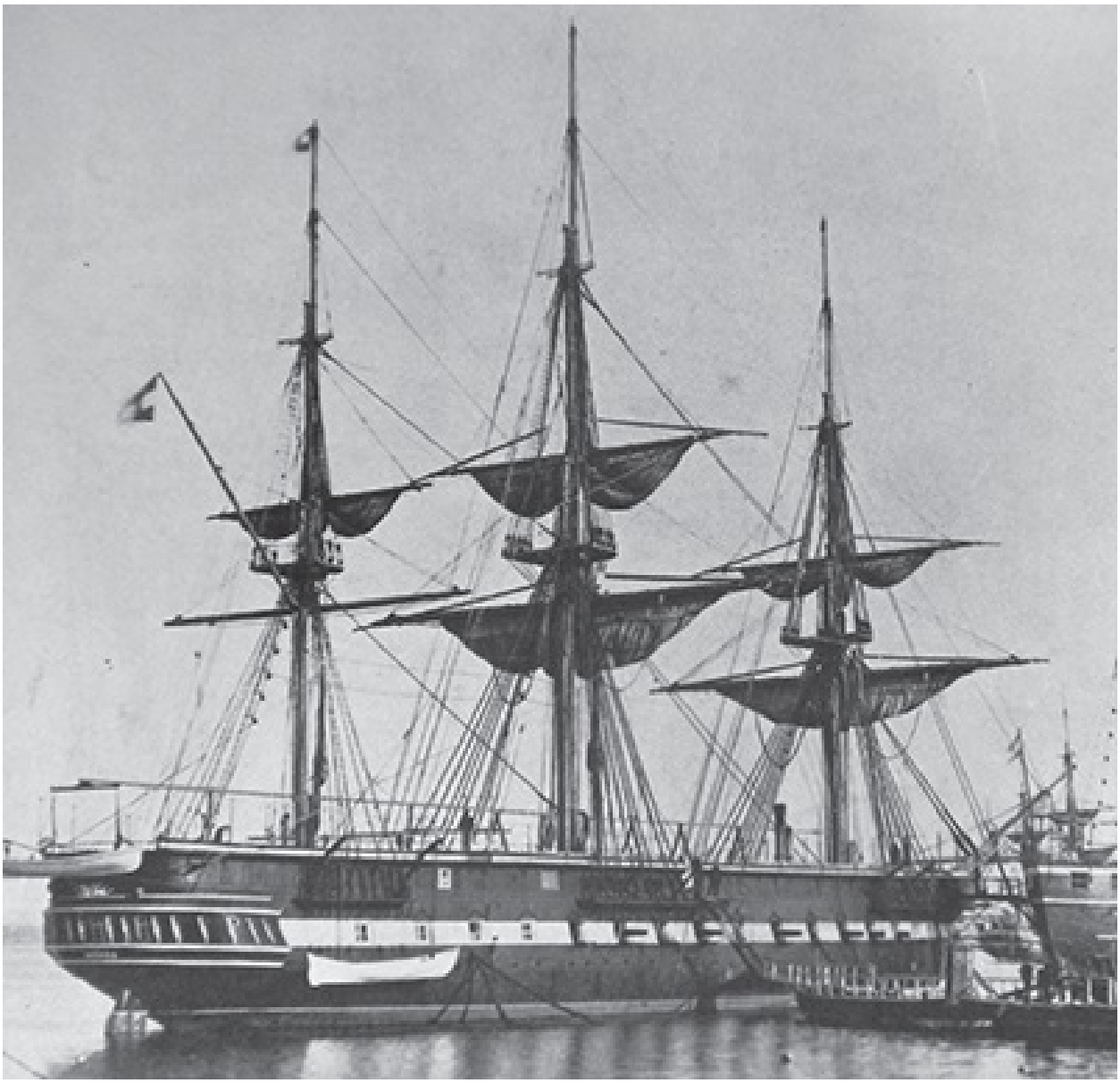
Maximiliano emprendió después un viaje por el Mediterráneo. Había que distraerlo de sus amores, pensaba su hermano Francisco José. El 6 de julio de 1852 —al cumplir veinte años— llegó a la isla de Madeira. Allí tuvo una premonición. "El año que viene será feliz [escribió], porque jamás he tenido un cumpleaños tan alegre y tan encantador".[9] Aquel año, en efecto, habría de ser el más dichoso de su vida. En Lisboa visitó a la emperatriz de Portugal, quien tenía una hija de veinte años: María Amelia de Braganza. Era rubia, delicada y culta. "Una distinguida princesa, cumplida como no se ven muchas", exclamaría Maximiliano.[10] Con ella conoció el amor, quizá por única vez en su vida. Más tarde le propuso matrimonio, mientras paseaban por los jardines del castillo de Lumiera. Al regresar a su país, feliz de vivir, formalizó su relación con ella. La tragedia lo sorprendió en Trieste, a comienzos de 1853. María Amelia, enferma de tuberculosis, acababa de morir el 14 de febrero en la capital de Madeira.

María Amelia, primer amor de Maximiliano.

© Wikimedia Commons. El repositario multimedia libre.

IV. La flota de Austria

Maximiliano buscó refugio en el mar después de la muerte de María Amelia. Su hermano lo mandó a recorrer las costas de Albania. Una vez de regreso vio consagrada su vocación. El 10 de septiembre de 1854 fue nombrado comandante en jefe de la flota de Austria. Cuatro años atrás había comenzado su carrera en la marina con el grado de teniente. Ahora detentaba el grado de contraalmirante. Estableció su residencia en Trieste, un pueblo de astilleros y comerciantes, muy próspero, lleno de flores, con sus casas pintadas de blanco. Maximiliano frecuentaba los antros del puerto con los marineros de la flota, quienes de cariño lo llamaban Max. Entre ellos destacaba Wilhelm von Tegetthoff, un muchacho reservado, apasionado por el mar, que trabajaría junto con Maximiliano para levantar los cimientos de la flota de Austria.



El orgullo de la flota austriaca, la *Novara*, ca. 1890. © Wikimedia Commons. El repositario multimedia libre.

Era una flota muy pobre. La fuerza de guerra contaba nada más con tres fragatas, tres corbetas y dos acorazados. Sus tripulantes eran casi todos italianos, por lo que las órdenes ni siquiera podían ser dadas en la lengua del Imperio. Max adquirió dos fragatas más, una corbeta, un crucero de vapor y doce navíos armados. Reforzó la disciplina, intensificó el reclutamiento de marineros en Dalmacia. También fundó el Instituto de Hidrografía y el Museo de la Marina. Para reemplazar la base de Trieste construyó el puerto

de Pola. No por eso dejó de navegar en el Mediterráneo. Visitó el Alto Egipto y recorrió la Tierra Santa y, después, en Roma, fue recibido por el papa Pío IX. En esas travesías leía con fervor a sus autores más queridos, entre los que destacaban Lord Byron y Sir Walter Scott.

El orgullo de su flota era la *Novara*, una fragata de 1 500 toneladas que llevaba el nombre de la victoria de Austria sobre el Piamonte en 1849. Había sido blindada y armada con cincuenta cañones entre los dos puentes de mando. Potente, y también hermosa. Tenía tres palos cruzados por masteleros, provistos con unas cofas labradas en madera. Maximiliano había conocido la muerte en esa nave cuando, al regreso de su viaje por España, falleció a bordo uno de los marineros que vivían con él en Trieste. "No había hasta entonces visto morir a nadie", escribió en su diario. "Fue horrible para mí y, sin embargo, me pareció mucho más fácil morir de lo que me había figurado".[11] La *Novara* habría de estar, para la posteridad, identificada también con la muerte del propio Maximiliano. Esa fragata, que lo condujo a México, regresaría después con su cadáver a la ciudad de Trieste.

V. El emperador Napoleón y la princesa Carlota

En mayo de 1856, Maximiliano llegó a París en representación de Francisco José. Los vínculos de Francia con el Piamonte estaban más estrechos que nunca luego de la guerra de Crimea. La misión de Max, entonces, era tantear los ánimos de Napoleón III respecto de la causa de los piamonteses: la independencia de la Lombardía y el Véneto. Su impresión al conocerlo fue bastante mala. Napoleón era un hombre de mirada astuta, bigote engomado, piernas arqueadas, que, vestido con el pantalón rojo de su traje militar, parecía más un domador de circo que lo que era: el soberano de los franceses. Evidentemente, pensaba Max, ese Bonaparte se sentía inferior a un Habsburgo. No obstante, su opinión mejoró con los días. "Es uno de esos hombres [comentó] que en el primer momento no tienen nada de atrayente, pero que con la gran tranquilidad y la noble sencillez de su carácter logran producir una impresión favorable duradera".[12] Al término de su estancia, Maximiliano trató con él la cuestión de la independencia de Italia. "El emperador me dio la seguridad de querer marchar siempre en concierto con Austria", dijo con candidez el archiduque.[13] Tres años después, los franceses barrerían a los austríacos en la Lombardía.

Napoleón III, emperador de Francia. Oleo de Jean-Hippdyte Flandrín. © Wikimedia Commons. El repositario multimedia libre.

Max partió con destino a Bruselas luego de su estancia en Francia. El viaje tenía como uno de sus propósitos conocer a la princesa Carlota. En Bruselas fue acogido por el rey Leopoldo I, un coburgo, tío de Victoria de

Inglaterra y yerno de Luis Felipe de Francia —un hombre con fama de sabio, llamado por algunos el Néstor de los monarcas de Europa. Tenía tres hijos, Leopoldo, Felipe y Carlota. Carlota, la menor, acababa de cumplir dieciséis años en aquella primavera. Era guapa, con ojos grandes y talle esbelto de amazona. Había tenido una juventud solitaria desde la muerte de su madre. También una educación estricta. Le gustaba leer y escribir, nadar y montar, pintar y tocar el piano. No era una mujer notable por la dulzura de su carácter sino, más bien, por su inteligencia, su ambición y su fuerza de voluntad.

Desde los quince años tenía ya varios pretendientes, entre los que destacaba Pedro de Braganza, quien entonces acababa de ascender al trono de Portugal. El rey Leopoldo, que lo estimaba, sabía que no había sido favorable la impresión que le produjo a Carlota. Aun así, no lo descartaba todavía cuando en junio de 1856, en uno de los salones del palacio de Laeken, su hija conoció a Maximiliano. Carlota quedó cautivada con el archiduque. Max, en cambio, estaba, contento, cierto, pero menos enamorado que la princesa: "Es muy inteligente [confesó], lo cual me parece un poco preocupante".[14] Al final, una vez en casa, accedió a pedir su mano. En diciembre regresó a Bruselas. Carlota no podía ser más feliz. "El archiduque es encantador bajo todos los aspectos", escribió por esas fechas. "Físicamente me parece hermoso y moralmente no puede desearse más. Viene a desayunarse todos los días y permanece aquí hasta las tres o las cuatro, y charlamos juntos, muy felices".[15]

VI. Los años en Italia

El 28 de febrero de 1857 Maximiliano fue nombrado gobernador de la Lombardía y el Véneto. Un par de meses después llegó a Milán. Leopoldo, su suegro, y Sisi, su cuñada, habían maniobrado para que pudiera recibir ese puesto de Francisco José. Max interrumpió sus deberes allí con motivo de su boda, que tuvo lugar el 27 de julio en Bruselas. Fue muy espectacular. Carlota lucía feliz, blanca como las palomas, inocente, bajo su velo tejido con encaje de Brujas. Maximiliano, más serio, vestía el uniforme de gala, azul y oro, de comandante de la marina de Austria. Ambos salieron unos días más tarde con destino a Bonn, donde prosiguieron su viaje por el Rin. Luego descendieron por el Danubio para disfrutar unos días en Viena. Pasaron por Trieste, por Venecia, hasta arribar a su destino: Milán.

Italia luchaba por su independencia desde principios del siglo XIX. Metternich había frenado ese proceso, al imponer en el norte del país la dominación de Austria. El reino del Piamonte lideraba desde entonces las aspiraciones de independencia, bajo la batuta de su canciller Camillo Cavour. En septiembre, Maximiliano y Carlota entraron a Milán junto con el conde Giulay, comandante militar de la Lombardía y el Véneto. La gente los recibió con indiferencia, pero sin hostilidad. Vivieron en el castillo de Monza, a una docena de kilómetros de Milán, una villa del siglo XVIII, a veces cubierta por la neblina del Mincio. Tenían a su disposición palacios muy hermosos, en Venecia, en Mantua, en el lago de Como. Vivieron allí, como pareja, los años más dichosos de su vida. “Me siento feliz a más no poder [escribió Carlota]. Max es una perfección en todos los aspectos, tan excelente, tan piadoso, tan

tierno”.[16]

El archiduque Maximiliano y la princesa Carlota, ca. 1856 Colección Realdo Bélgica. © Wikimedia Commons. El repositario multimedia libre.

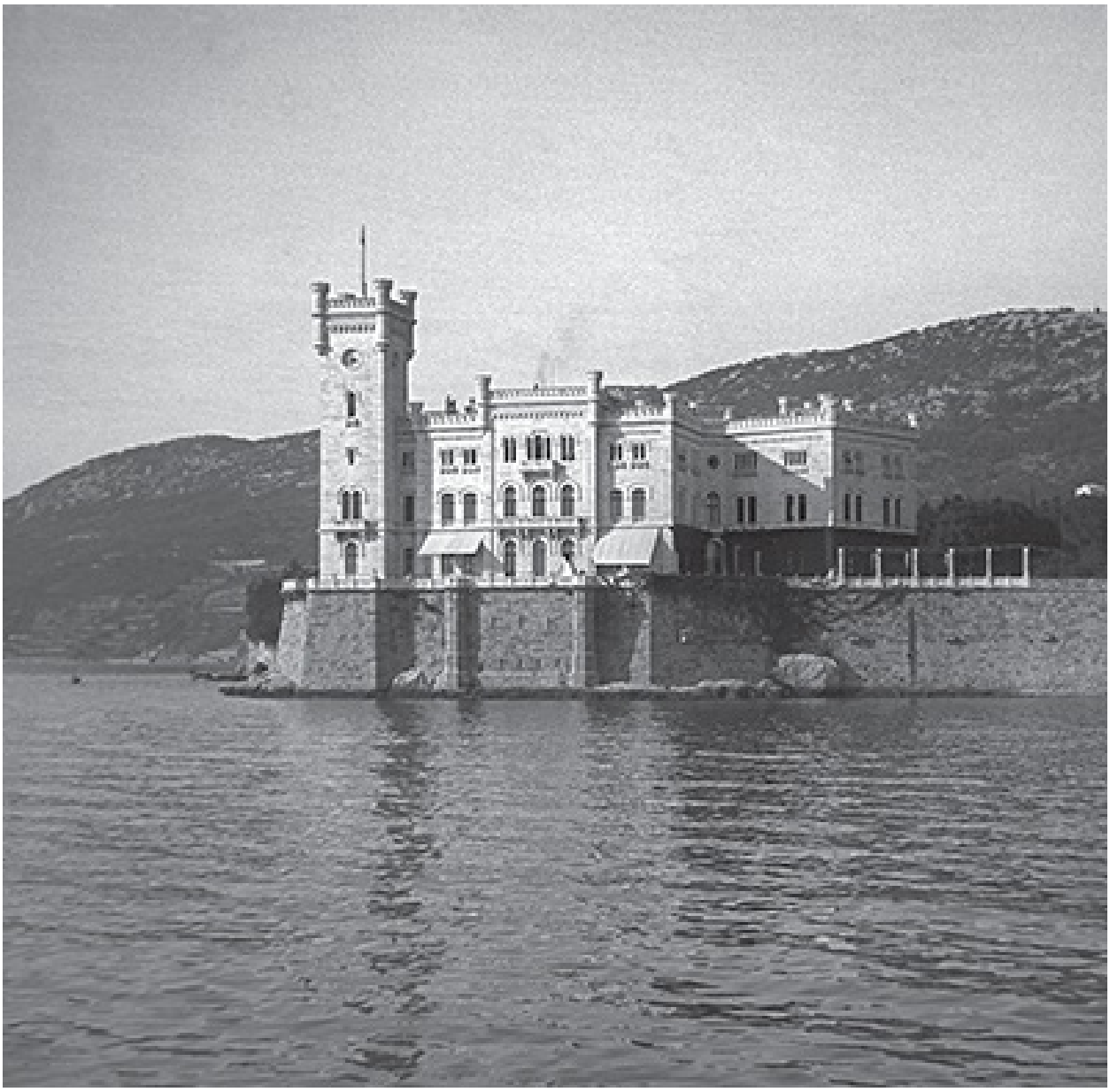
Maximiliano gobernó de acuerdo con sus convicciones liberales. Propuso un régimen de autonomía para las provincias de Italia. Entendió la necesidad de contar con dos Cámaras. Impulsó reformas fiscales, municipales y escolares. Protegió los monumentos que tenía bajo su responsabilidad: la plaza del Duomo, la basílica de San Marcos, la Biblioteca Ambrosiana, el puerto de Como, aunque fue —por suerte— disuadido de plantar naranjos en las plazuelas de Venecia, donde quiso convertir en faro la torre del Campanile. Hubo muchos italianos que lo secundaron en sus obras, algunos muy respetados. Cavour estaba sumamente preocupado: “El archiduque Maximiliano [comentó] es el único que podría hacer abortar la unidad

italiana".[17]

Maximiliano fracasó. Su liberalismo no contó con el apoyo de Francisco José, quien respaldó, en su lugar, al comandante militar de Italia. "Estamos en una época de grandes disturbios [le dijo]. Os aconsejo pues recurrir a la severidad, incluso cuando se trate de la más pequeña revuelta".[18] Max nunca pudo, por lo demás, ganar el apoyo de la nobleza de la Lombardía —los Borromeo, los Visconti, los Dándolo— que, junto con los patriotas, rechazaba la dominación de Austria. En la primavera de 1858, el archiduque, impotente, sin fuerzas para luchar, pasó casi tres meses fuera de Italia. "No hay sino una voz por todo el país [escribió], la de la indignación y la desaprobación contra la cual estoy solo y soy impotente".[19] Por el resto de 1858 ya no podía salir con su mujer ni al teatro de La Scala. Ambos eran abucheados en público.

VII. El castillo de Miramar

A principios de 1859 comenzaron las movilizaciones en el norte de Italia. Cavour había recibido por fin la promesa de Napoleón III de tener los soldados de Francia a su disposición en caso de guerra con Austria, a cambio de la cesión de la Saboya. Maximiliano, por su parte, había dejado de creer en su misión: era imposible conciliar los intereses de Viena con los de Milán y Venecia. El 19 de abril, Francisco José mandó un ultimátum al Piamonte: tenía que desarmar, en el curso de tres días, a las tropas destacadas en la frontera con la Lombardía. El emperador comunicó también a Max que había sido relevado de sus funciones: el conde Giulay tendría a partir de ese momento el mando civil y militar de las provincias de Italia. Cavour recibió con felicidad la noticia de la caída del archiduque. "Su espíritu justo y liberal nos había quitado muchos partidarios", dijo.[20] Esa primavera, los franceses —junto con los piamonteses— derrotaron a los austríacos en Magenta y en Solferino. Con la paz de Villafranca, firmada más tarde, Austria perdió la Lombardía. Napoleón propuso la creación de un reino autónomo en el Véneto, para Maximiliano, pero su propuesta fue terminantemente rechazada por Francisco José.



El castillo de Miramar. © FORTEPAN/School Frugyes. © Wikimedia Commons. El repositario multimedia libre.

Al acabar la guerra, Max volvió a Trieste con Carlota. Estaba en desgracia en la corte de Viena, por lo que dedicó sus días a la construcción del castillo de Miramar, un castillo neogótico, muy Wittelsbach. Tiempos atrás, según contaban, había sido sorprendido por una tormenta en el Adriático. Al buscar refugio en casa de unos pescadores descubrió, maravillado, la bahía de Grignano. En ese lugar decidió levantar un castillo, inspirado por el

arquitecto Cario Junker. Miramar estaba construido al borde de un promontorio, sobre las rocas del Karso. Era un castillo de piedra caliza, blanco y macizo, con torres y garitas adornadas con almenas. Sus escaleras de mármol descansaban en una terraza construida con granito del Tirol. Había sido necesario traer la tierra de muy lejos para sus jardines. Allí crecían adelfas, olivos, mirtos, palmas y laureles. La biblioteca, diseñada por Max, era una copia de su camarote en la *Novara*. Tenía más de seis mil volúmenes, entre los que destacaban las obras de Plutarco.

En el otoño de 1859, mientras trabajaban en su castillo, Maximiliano y Carlota descubrieron la isla de Lacrona, en la costa de Dalmacia. Era pequeñísima. Tenía nada más dos mil metros de largo por cincuenta de ancho. En esa isla había vivido de regreso de las Cruzadas el rey Ricardo Corazón de León. Existía un convento en ruinas que databa de la época, apenas perceptible entre los pinos. Carlota compró la isla para regalarla después a su marido. Ignoraba que, según una leyenda, todos los que la poseían estaban condenados a morir con violencia. La isla, de hecho, sería más tarde propiedad del archiduque Rodolfo, sobrino de Max, que moriría con una de sus amantes en la tragedia de Mayerling.

VIII. El distanciamiento con Carlota

En noviembre de 1859, los archiduques Maximiliano y Carlota anunciaron su intención de viajar juntos a Brasil. Salieron en un vapor hacia las costas de España. Más tarde llegaron a Madeira, donde Max visitó, sin Carlota, la casa en la que había fallecido María Amelia. Todavía recordaba sus amores con esa princesa —"entre pensamientos de tristeza y de duelo"— a pesar de tener con él a su joven esposa.[21] Eran los primeros signos de distanciamiento. En enero de 1860 comenzó la travesía por el Atlántico. Al dejar atrás las islas Canarias, enferma, Carlota fue persuadida de regresar a Funchal. Max hizo pues el viaje sin ella. Iba a buscar, escribió, "sobre las olas del océano, un reposo que la Europa vacilante ya no puede dar a mi alma agitada".[22]

El 11 de enero, el vapor de Maximiliano fondeó en la bahía de Salvador. "Mi alma se sentía inundada de alegría y de entusiasmo", apuntó en su diario.[23] Recorrió las calles del puerto, incógnito, y en un hotel, mientras fumaba su tabaco, lo descubrió el cónsul de su país, que no pudo ocultar su sorpresa al verlo tan mal vestido. También recorrió la selva para buscar las mariposas y las plantas que había visto en las páginas de sus libros. Estaba feliz. Al final de su viaje llegó a Río de Janeiro para visitar fuera de la ciudad, en Petrópolis, a su primo, el emperador Pedro de Brasil. Conoció también a una de sus hijas, Isabel, una muchacha de catorce años que —imaginó— podría ser, quizá, la mujer de su hermano menor, el archiduque Luis Víctor. Así lo propuso, sin éxito, a Francisco José. La idea de un Habsburgo en el Nuevo Mundo, al parecer, había calado en el ánimo de Maximiliano.

El emperador Pedro II, anfitrión de Maximiliano durante su viaje a Brasil. © Joaquín José, ca. 1865. Insley Pacheco. © Wikimedia Commons. El repositario multimedia libre.

En su diario de viaje —lírico y desordenado— Maximiliano nunca mencionó a Carlota. No le hizo falta. En abril, luego de pasar a Madeira por ella, salieron juntos con destino a Miramar. El resto del año lo vivieron allí. Max vigilaba el parque, escribía poemas, tocaba el órgano y estudiaba libros de aeronáutica, con la idea de poder crear una máquina voladora. Era popular en Trieste. La gente de la ciudad lo saludaba con afecto cuando, los domingos, visitaba los jardines del castillo. Así transcurrieron los meses. En abril de 1861, los archiduques viajaron a Viena; regresaron al castillo con sus relaciones maritales muy deterioradas. La situación empeoró en mayo, cuando pasaron una temporada con el resto de la familia imperial en

Miramar. A partir de entonces no volvieron a compartir el mismo lecho, según el valet de cámara de Max. Unos suponían que la causa de su distanciamiento era una infidelidad del archiduque; otros más, que una enfermedad contraída por él durante su viaje a Brasil. Por esos días, en ese contexto, empezaron a crecer los rumores sobre el trono en México.

IX. Los monarquistas de México

Hacía fines de los cincuenta, cuando gobernaba en Italia, Max había comentado con su suegro que un grupo de mexicanos le había preguntado si aceptaría reinar en su país, ante la posibilidad de construir una monarquía en México. "Sería una muy bella posición", había sido la respuesta de Leopoldo.[24] Maximiliano no ignoraba que aquellos mexicanos habían ya propuesto la corona del país a varios otros más, como por ejemplo a su tío abuelo, el archiduque Carlos. Los monarquistas mexicanos, en efecto, llevaban años de trabajar en favor de su causa. Entre ellos predominaban los reaccionarios, aquellos interesados en defender sus intereses, sus fueros, el ultramontanismo de sus ideas. Aunque también había patriotas en sus filas, unos cuantos, preocupados en defender a su país de las agresiones de Estados Unidos, para lo cual creían que necesitaban contar con el apoyo de un poder en Europa.

José María Gutiérrez de Estrada era el líder de los monarquistas mexicanos en Europa. Muy joven había formado parte de la comisión que ofreció la corona de su país al archiduque Carlos. Más tarde, tuvo que salir al exilio por publicar un folleto donde proponía la monarquía para México. Desde entonces vivía en Europa. Era muy rico, muy católico y muy conservador. En aquella primavera de 1861 acababa de cumplir sesenta y un años. Sus días transcurrían con un objetivo en mente, el de siempre: negociar en las cortes europeas el establecimiento de una monarquía en México. En ello lo secundaba un mexicano que vivía en París, el señor José Manuel Hidalgo. Hidalgo tenía buenas relaciones con los emperadores de Francia, en

especial con Eugenia de Montijo, la esposa de Napoleón, pues había pasado con ella su juventud en la corte de Madrid. La influencia de Hidalgo habría de ser fundamental para convencer a los emperadores de la viabilidad de la monarquía en México.

José María Gutiérrez de Estrada, al centro, rodeado por otros monarquistas de México. Foto Malovich.

El 4 de octubre de 1861 el conde Rechberg, ministro de Asuntos Exteriores de Austria, visitó el castillo de Miramar. Su misión era saber, a nombre de los gobiernos de París y de Viena, si el archiduque Maximiliano estaría dispuesto a aceptar la corona de México. Napoleón estaba interesado en su candidatura, pues Max era miembro de una potencia no marítima, bien vista por Bélgica y por Inglaterra, con la que podría reivindicarse luego de la

guerra en la Lombardía; Francisco José, por su lado, también estaba interesado en su candidatura, pues Max, popular y liberal, viviría lejos de los dominios de Austria. El archiduque tenía ya noticias de las voces que lo mencionaban para reinar en aquel país. Meses atrás había recibido una carta al respecto de Gutiérrez de Estrada, quien era yerno de la condesa Lützow, camarera mayor de Miramar. En su respuesta a Rechberg, el archiduque manifestó su simpatía por el proyecto de México. Así lo supo Francisco José, con quien incluso trató, en general, el tema de sus derechos de sucesión en caso de aceptar el trono. Así lo supo también Napoleón, un par de semanas después, cuando Hidalgo lo fue a ver al palacio de Compiègne.

X. Los motivos de Napoleón

Unos meses antes de la visita de Rechberg a Miramar, en el verano de 1861, el presidente de México, don Benito Juárez, había suspendido los pagos de la deuda de su país con Inglaterra, España y Francia. Las represalias no tardaron en llegar. En el Convenio de Londres, firmado el 31 de octubre, las tres potencias acordaron ocupar los puertos del litoral del Golfo con miras a controlar las aduanas de México. Nadie tocó el tema de la intervención, a lo que los ingleses estaban opuestos, pero todos escucharon sin objetar los rumores en torno a la candidatura del archiduque Maximiliano. Max estaba muy entusiasmado con el proyecto. Su suegro, a quien acudió por consejo, consideró interesante la propuesta, aunque, dijo, "todo depende de lo que aquel mismo país decida".[25] Así pues, cuando Gutiérrez de Estrada visitó Miramar, hacia fines de diciembre, Maximiliano prometió aceptar la corona nada más si los mexicanos lo llamaban a reinar en México.

El hombre detrás de la intervención en México era por supuesto Napoleón III. Era un hombre peculiar. Tenía fama de ser aliado de masones y socialistas y, como su tío, enemigo de las injusticias de la Francia de los Borbones. Muchos hombres de ciencia y de letras lo secundaban, entre ellos Pasteur y Merimée, aunque varios otros lo detestaban, encabezados por Víctor Hugo. ¿Qué podía explicar su interés por un país tan remoto? "Deseamos ver a México pacificado y dotado de un gobierno estable [escribió]. Con su regeneración formaría una barrera infranqueable a la invasión de América del Norte".[26] Napoleón vivía apasionado desde joven por el Continente Americano. Había contemplado construir un canal a través

de Nicaragua; incluso había contemplado la posibilidad de gobernar en Ecuador. “La prosperidad de América no le es indiferente a Europa [dijo], porque es ella la que alimenta nuestra industria y hace vivir nuestro comercio”.[27] Las represalias al gobierno de Juárez por la suspensión de pagos eran, pues, el pretexto para conseguir otro fin, el verdadero, a saber, instaurar una monarquía liberal en México, bajo la hegemonía de Francia, para difundir así la industria, el comercio y la gloria del Segundo Imperio.

Había razones menos ambiciosas, más mezquinas, en el interés de Napoleón por México. Entre ellas destacaba la de los bonos Jecker. El gobierno de Miguel Miramón, antecesor de Juárez, había obtenido del suizo Jean B. Jecker un préstamo de 3.75 millones de francos en efectivo por el que se comprometió a pagar una cantidad mayor en bonos del gobierno, cantidad que con el tiempo fue fijada en 75 millones —una barbaridad. Cuando Juárez rechazó pagar esa cantidad, Jecker, quebrado, le ofreció al duque de Morny el 30 por ciento de sus bonos a cambio del apoyo de Francia. El duque de Morny, medio hermano de Napoleón, era uno de los personajes más influyentes del Segundo Imperio. A raíz de su relación con Jecker fue también uno de los más entusiastas partidarios de la intervención en México. Su hombre de confianza en el país era nadie menos que Dubois de Saligny, el embajador de Francia.

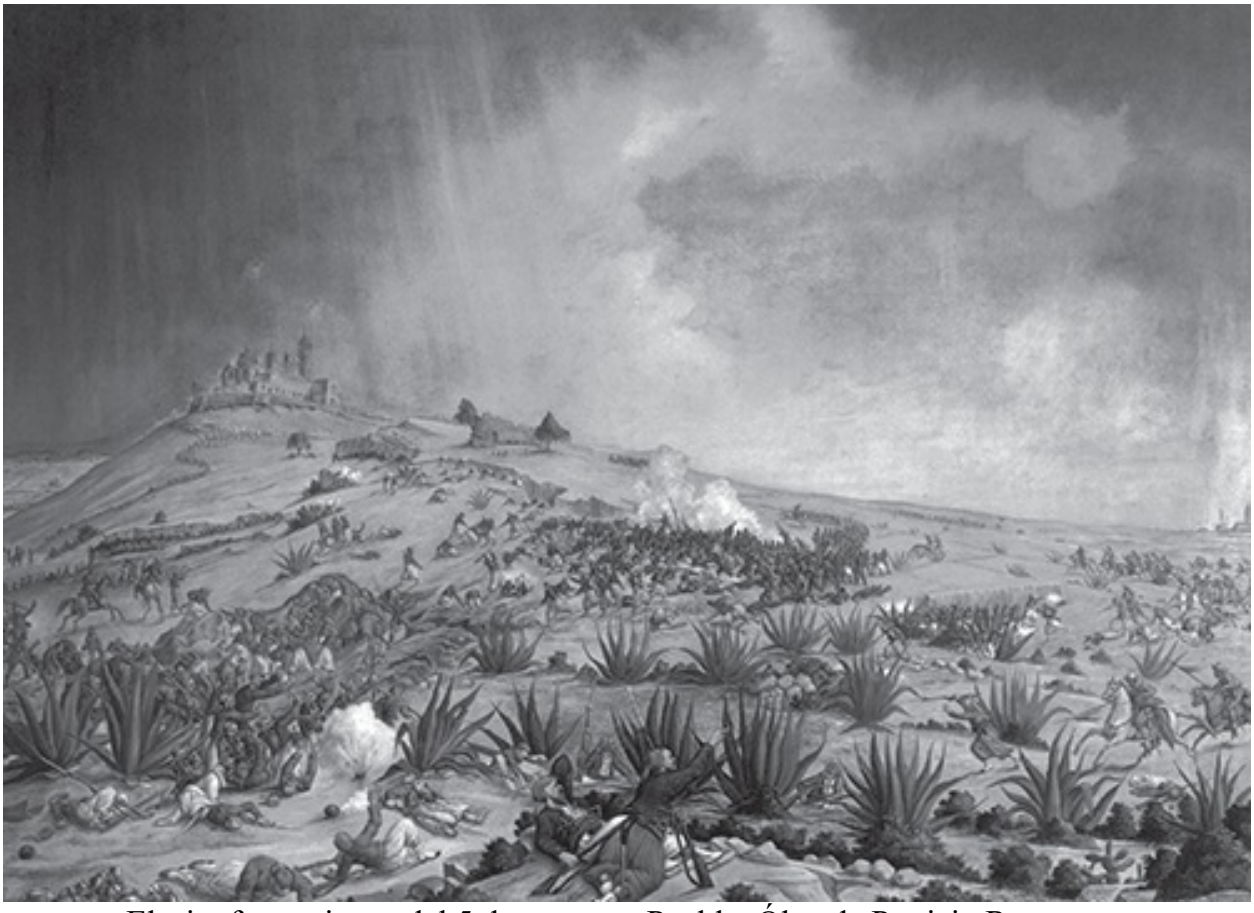
Dubois de Saligny, ministro plenipotenciario francés, amenazó al gobierno de Juárez con romper relaciones. MNH, INAH.

XI. La intervención francesa

Las desavenencias entre las potencias que firmaron el Convenio de Londres empezaron en enero de 1862, al desembarcar en Veracruz. Dubois de Saligny reclamó 60 millones de francos por los daños causados a los franceses, en adición al pago de los bonos del banquero Jecker. Ese reclamo estaba concebido para ser inaceptable. Napoleón sabía que no podía firmar ningún acuerdo con Juárez, pues ello significaba reconocer, en los hechos, al gobierno de la República, y su fin era otro: imponer una monarquía en México. Los representantes de Inglaterra y de España entendieron que Francia guiaba sus acciones con la lógica del invasor, no del acreedor, por lo que, luego de negociar su deuda, abandonaron las costas de Veracruz. La intervención, desde entonces, fue sólo responsabilidad de Napoleón. Aquel año, el 5 de mayo, cuatro mil franceses atacaron Puebla, donde fueron derrotados por el Ejército de Oriente. Tardaron un año en reponerse de la derrota. Puebla cayó por fin en mayo de 1863 y, con su caída, desapareció también el ejército de la República.

La comandancia de los franceses tenía órdenes de no gobernar con la reacción, por lo que sus relaciones con los conservadores fueron tensas. Napoleón, hay que recalcar, no era un reaccionario. “Lo que hace falta en México [escribió] es una dictadura *liberal*, es decir un poder fuerte que proclame los grandes principios de la civilización moderna, tales como la igualdad ante la ley, la libertad civil y religiosa, la probidad de la administración, la equidad de la justicia”.[28] Ello coincidía con el modo de pensar de Maximiliano. En el verano de 1863, el archiduque estaba tan feliz

con el proyecto que ya no quería escuchar voces en su contra. Incluso rechazó con indignación el trono de Grecia que le fue ofrecido por Inglaterra. Carlota, su mujer, atizaba sin cesar la flama de la ambición. No estaba dispuesta —escribiría después— "a contemplar el mar desde una roca hasta la edad de setenta años".[29]



El triunfo mexicano del 5 de mayo en Puebla. Óleo de Patricio Ramos
O. MNH, INAH.

En agosto de 1863, una delegación de monarquistas salió hacia Miramar para ofrecerle a Maximiliano la corona de México. El país estaba entonces gobernado por una regencia que, con el apoyo de los franceses, encabezaba el general conservador Juan N. Almonte. La delegación arribó el 3 de octubre a Miramar. Fue recibida por el archiduque Maximiliano, quien, al responder en francés, destacó dos condiciones para aceptar la corona: el beneplácito de México y la protección de Francia. Ambas condiciones, satisfechas más o

menos en las formas, jamás fueron cumplidas en los hechos. Pero ya no era importante. Max estaba decidido a tomar esa corona. En la Navidad de 1863, después de conocer la votación de una asamblea de notables en la capital de México, favorable a la monarquía, le comunicó a Napoleón que estaba listo para asumir todas sus responsabilidades tan pronto como se pronunciaran a su favor las ciudades de Morelia, Guanajuato, Querétaro y Guadalajara.

XII. La aceptación de la corona

En marzo de 1864, Maximiliano viajó con su mujer a la capital de Francia. Llevaba con él un documento relativo a la renuncia de sus derechos de sucesión en caso de aceptar la corona de México, entregado la víspera de su viaje por Francisco José. Era un tema que había ya tocado con él unos años antes. Ahora, molesto, no le quiso conceder importancia. En París fue recibido con honores imperiales en el palacio de las Tullerías, aunque la gente de la calle lo llamaba, no *l'archiduc*, sino *l'archidupe* —es decir, el architonto. Max tuvo que reconocer una deuda de 270 millones de francos a Francia que cubría los gastos de la expedición hasta 1864, pero que no incluía los bonos de Jecker ni las reparaciones a los franceses que vivían en México. Napoleón, a su vez, aseguró que sus soldados —unos veinte mil hombres— estarían a disposición del Imperio hasta 1867, para ser después sustituidos por una legión extranjera que permanecería por otros seis años en México. Dio su palabra de que "cualesquiera que sean los acontecimientos que pudiesen ocurrir en Europa, la ayuda de Francia nunca le faltará al nuevo Imperio".[30] Estos compromisos serían luego conocidos como la Convención de Miramar.

Delegación mexicana ofreciendo la corona a Maximiliano. Fotografía: Chémar Frérab. Colección José Ignacio Conde.

El 19 de marzo, Maximiliano y Carlota regresaron a Viena. Allí tuvieron una discusión muy áspera con Francisco José a propósito de los derechos de sucesión de Max. Al día siguiente, por conducto de uno de sus ministros, el emperador le hizo llegar un documento que le pedía firmar, el llamado Pacto de Familia. En caso de aceptar el trono de México, le comunicaba, tendría que renunciar a todos sus derechos en Austria. Francisco José consideraba, con razón, que su reino no podía ser gobernado por un monarca ausente, o peor aún: destronado. Maximiliano, a su vez, argumentaba que sus derechos le pertenecían por nacimiento. Que nadie le había dicho que tenía que renunciar a ellos si aceptaba la corona del Imperio Mexicano. Sin poder convencer a su hermano, en un gesto desafiante, escribió para advertirle que se vería reducido "a la triste necesidad de decirle al pueblo mexicano las

causas de mi rechazo".[31]

Francisco José solicitó entonces la mediación de Napoleón III, que reaccionó con furor a la noticia de la renuncia de Maximiliano. "Qué pensaría usted de mí si Vuestra Alteza Imperial estuviese ya en México y yo le dijese de repente que ya no podía cumplir las condiciones a las que me había comprometido", le escribió, lejos de pensar en todo lo que dejaría de cumplir, él mismo, en su relación con el Imperio.[32] Eran muchas las presiones, muchos sus compromisos en relación con México. Así, el 8 de abril, obligado por su sentido del honor, comunicó a su hermano que estaba dispuesto a firmar el Pacto de Familia. Al día siguiente, rodeado de su gabinete, Francisco José llegó a Miramar. Eran las ocho de la mañana. Los dos hermanos permanecieron encerrados en la biblioteca. Al salir estaban extenuados. El emperador partió hacia la estación a la una y media de la tarde. Antes de subir a su vagón detuvo sus pasos por un instante. "*¡Max!*", exclamó.[33] Era la última vez que lo vería.

XIII. El viaje a México

El 10 de abril, luego de la partida de Francisco José, el archiduque Maximiliano fue nombrado oficialmente emperador de México. Estaba tan débil durante la ceremonia, con los ojos tan vidriosos, que parecía no tener en su persona nada sólido, salvo la Gran Cruz de San Esteban. Su médico, asustado, ordenó posponer la partida de la *Novara*. Max convaleció por esos días en el *gartenhaus* de Miramar. Estaba de mal humor, acaso consciente por vez primera de todo lo que había tenido que dejar por un trono tan endeble. Así lo sospechó Carlota cuando lo fue a ver para mostrarle los telegramas de felicitaciones enviados por Napoleón. "¡No quiero oír hablar de México en este momento!", le gritó Maximiliano.[34] La víspera de su salida deambuló, solitario, por los salones del castillo. Estaban tapizados en azul, con tela de damasco, adornados con los bustos de los hombres que admiraba. Una parte de su vida, la más placentera, habría de quedar para siempre allí, en Miramar.

El 14 de abril, al frente de su comitiva, Maximiliano abordó la *Novara*. Un día más tarde, reanimado por el mar, apareció sin huellas de malestar en el puente de la fragata. En Roma se detuvo por un momento: quería tener la bendición del papa Pío IX y deseaba visitar las ruinas del Coliseo. Tal vez escuchó también, entonces, un pasquín que los romanos entonaban en las calles. "Massimiliano [decía], non ti fidare, torna al castello di Miramare".[35] La *Novara* pasó por Algeciras y por Madeira, y luego emprendió la travesía por el Atlántico. Durante la travesía, Maximiliano y Carlota redactaron una protesta formal al Pacto de Familia. Esa protesta, además de contener

afirmaciones falsas —aseguraba, por ejemplo, que Max había firmado su renuncia sin haberla leído— constituía también un acto de traición a Francisco José, mismo que tendría repercusiones en el futuro del Imperio Mexicano. Así transcurrieron los días. El 28 de mayo, los emperadores de México llegaron a Veracruz.

Veracruz al momento de la llegada de Maximiliano, ca. 1860.
Colección particular

Maximiliano ordenó distribuir una proclama en el momento de desembarcar: "¡Mexicanos [rezaba] vosotros me habéis deseado!".[36] Nadie puede decir que el archiduque había sido engañado. Unos días antes de aceptar la corona, por ejemplo, recibió la visita de Jesús Terán, plenipotenciario de Juárez en Europa. Terán le habló sobre la legitimidad del gobierno de la República, sobre la impostura de las actas de adhesión al Imperio, sobre la fragilidad de su trono, sostenido por los cañones de Francia. Pero sus advertencias no fueron escuchadas. Max terminó por aceptar la corona. Veracruz, al desembarcar, lo recibió sin entusiasmo. Era una ciudad

de ocho mil habitantes, llena de zopilotes que revoloteaban sobre la carroña del puerto. Al seguir su viaje, en Puebla, el recibimiento fue más entusiasta. Los poblanos lo festejaron con un banquete de mole, que él degustó con asombro, aunque —confesó más tarde— "para esa comida es necesario acostumbrarse, como con el queso suizo y la mostaza inglesa".[37] Así pasaron los días. El 12 de junio, domingo de San Nazario, entró con Carlota a la Ciudad de México.

XIV. Los comienzos del Imperio

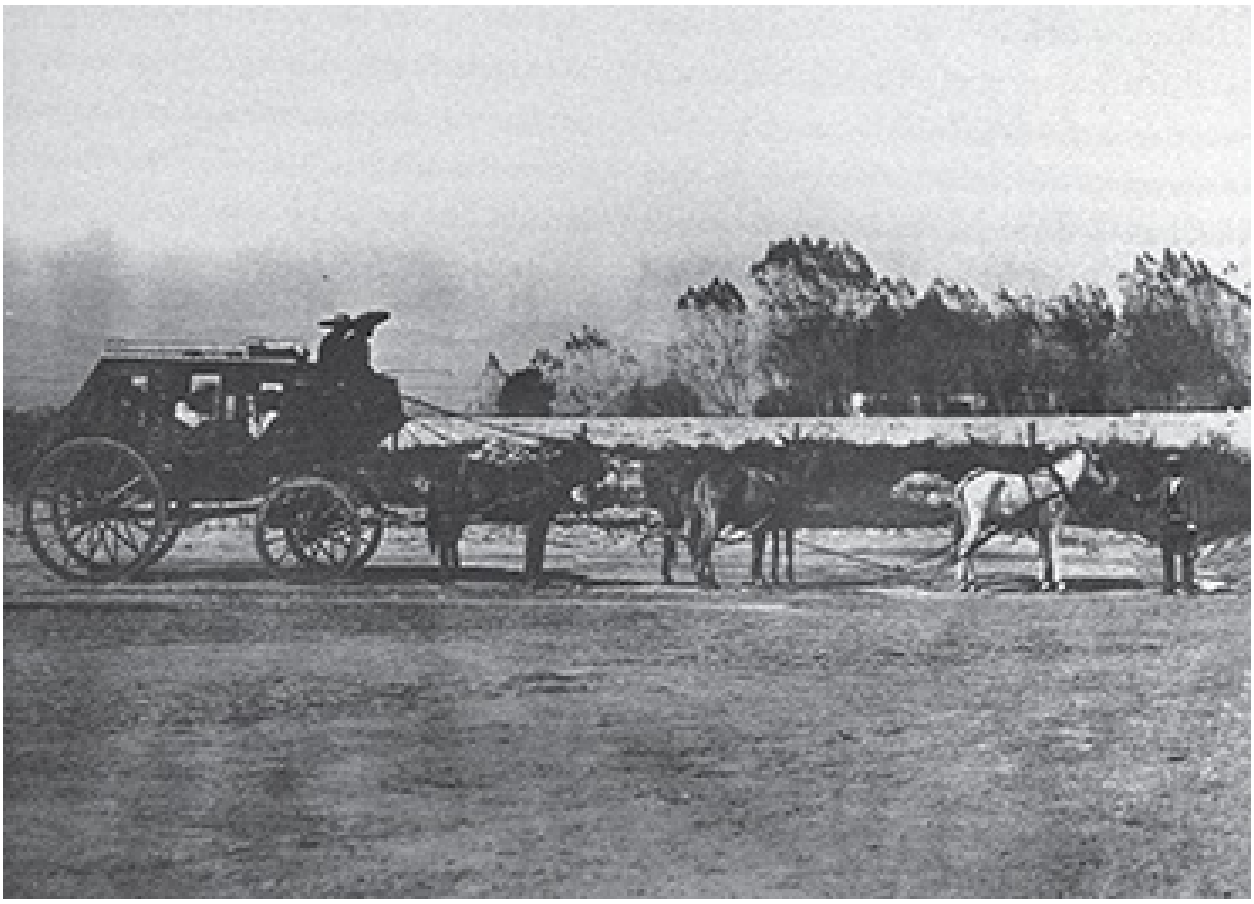
Los emperadores fueron recibidos con júbilo por los habitantes de la Ciudad de México. Llegaban exhaustos. Aquella noche durmieron en el Palacio Imperial, una construcción de tezontle con aspecto de caserna, situado frente a la Plaza de Armas. A la mitad de la noche los despertaron unos bichos en sus camas. El emperador Maximiliano, experto en entomología, no tardó en identificarlos. Eran chinches. Así pues, tuvo que dormir sobre una mesa de billar el resto de la noche. Más tarde mejoraría la calidad de todas las habitaciones del palacio. Sabía muy bien que, para una monarquía, las formas eran esenciales: para ser, había que parecer. Las paredes de los salones fueron cubiertas con tapices en tonos rojos que mostraban un águila con la cabeza cubierta por una corona y, en lo alto, un penacho de siete plumas, el símbolo del Imperio Mexicano.

En honor a la entrada de la pareja imperial, este arco se levantó en la calle que hoy es Madero. Anónimo.

Maximiliano dejó la capital apenas un par de meses después de su llegada. El 10 de agosto salió —primero a caballo, luego, en guayín— hacia las ciudades del Bajío. Pasó por San Juan del Río, Querétaro, Celaya, Irapuato, San Miguel y Dolores. Allí, el 16 de septiembre, vestido de hacendado, dio el Grito de Independencia. "Podrás figurarte [escribió a su hermano Carlos Luis] cómo me embarazó esto ante una masa de gente apiñada y silenciosa".[38] Recorrió más tarde Guanajuato y Morelia. Estaba fascinado con la belleza del país. Sus acompañantes lo veían a menudo vestido de charro, con sus pantalones de paño azul galoneados con botonadura de plata. "Es más mexicano que los mexicanos", habría de comentar un testigo.[39] En Toluca, ya de regreso, se reunió con Carlota, para llegar con ella el 30 de octubre a la Ciudad de México.

A fines de 1864, luego de su viaje por el Bajío, Maximiliano decidió vivir en el castillo de Chapultepec. Allí fue concentrado todo el lujo de su corte. Los muebles, los cuadros, las arañas de cristal, los tapices de seda, las veladoras de madera taraceadas con mármol. Todo fue traído de Europa para

vestir de gala los salones de Chapultepec. “El Schönbrunn de México”, lo llamó Max, “construido sobre una roca de basalto, rodeado por los gigantescos árboles de Moctezuma, desde el cual se puede ver un paisaje de una belleza como no he visto yo nunca, excepto tal vez en Sorrento”.[40] El emperador montaba todas las mañanas en el bosque del castillo. Montaba, según su secretario, “un caballo de andar ligero, al que había bautizado con el nombre de Anteburro”.[41] Los fresnos y los ahuehuetes de aquel bosque le hacían olvidar las adelfas del jardín de Miramar.



Carruaje del emperador. Fotografía de F. Aubert. MRA.

XV. La Iglesia

Maximiliano buscaba la reconciliación de los mexicanos al nombrar a los miembros de su Gabinete, los cuales eran en su mayoría liberales moderados. José María Cortés, por ejemplo, fue nombrado ministro de Gobernación; Pedro Escudero, ministro de Justicia; José Fernando Ramírez, ministro de Asuntos Exteriores. Su gabinete particular —órgano por el que tenían que pasar todos los asuntos del gobierno— estaba presidido por Félix Eloin, un belga que tenía fama de ser enemigo de la Iglesia. Con ese gabinete, el emperador no logró la reconciliación del país, sino la enemistad de uno de sus apoyos más importantes, el del Partido Conservador. Ante la posibilidad de una ruptura, aconsejado por los franceses, optó por mandar al exterior a los dos generales que más prestigio tenían entre los conservadores. En noviembre, Miguel Miramón salió para cursar estudios de artillería en Berlín y, en diciembre, Leonardo Márquez dejó el país para encabezar una misión en Constantinopla.

Benito Juárez. Colección José Ignacio Conde.

Las disputas más graves que tuvo Maximiliano con sus aliados en México comenzaron a girar alrededor de su política frente a la Iglesia. A fines de 1864 llegó a la capital el nuncio apostólico, monseñor Pietro Meglia. Era de carácter "poco conciliador", decían quienes lo conocían.[42] El nuncio entregó al emperador una carta de Pío IX que pedía abolir las leyes de Reforma. Había que restituir, decía la carta, los bienes expropiados a la Iglesia; restablecer las órdenes religiosas; someter la enseñanza a la vigilancia del clero; defender la religión católica, con exclusión de las demás, como base del Imperio Mexicano. Maximiliano, exasperado, no quiso ver al nuncio. Fue Carlota la que lo trató de convencer —sin éxito—en una reunión que tuvo lugar el 24 de diciembre. "Nada me ha dado una idea más justa del infierno que esta conversación [escribió], porque el infierno no es otra cosa que un callejón sin salida".[43]

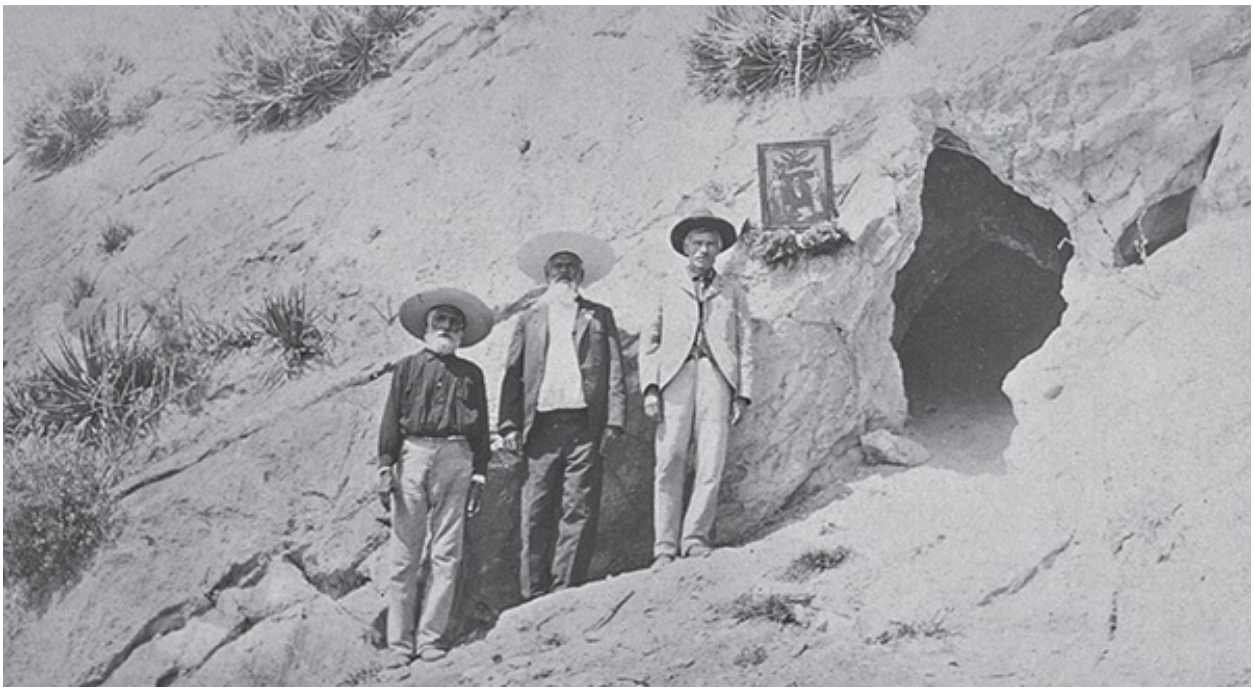
En febrero de 1865, Maximiliano decretó la libertad de cultos en el Imperio. Su gobierno, dijo, toleraría todas las religiones, aunque concedería

su protección especial a la católica, apostólica y romana como religión del Estado. Ese mes estableció también la Administración de Bienes Nacionalizados, con lo que confirmó las leyes de Juárez relativas a la desamortización de las propiedades de la Iglesia. Todas las operaciones de desamortización ejecutadas sin fraude, con sujeción a derecho, fueron declaradas legítimas por el emperador. En mayo, sin haber arreglado nada, el nuncio salió de México. No hubo concordato. Un abismo separaba a la Iglesia del Imperio. Maximiliano, en un esfuerzo por conciliar ambos intereses, envió más tarde varias embajadas a la Santa Sede. Pero fue en vano. La hostilidad del clero no disminuyó.

El papa Pío IX. © Wikimedia Commons. El repositario multimedia libre.

XVI. La monarquía liberal

En la primavera de 1865, al estallar la crisis con el clero, Maximiliano realizó un viaje de trabajo por los estados del este de México. Estuvo muy activo durante su viaje. En Huamantla dispuso la construcción de los pozos necesarios para el suministro de agua; en Huatusco mejoró las escuelas de la comunidad; en las cumbres de Maltrata visitó las obras del ferrocarril de Veracruz. Más tarde pasó por Xalapa y por Puebla. En esos viajes, que tanto disfrutaba, el emperador empezó a conocer a los mexicanos. A los más ricos, y también a los más pobres. México era un país de ocho millones de habitantes, cinco de los cuales eran indios. Sus comunidades, que no habían sido beneficiadas por Juárez, veían con esperanzas a Maximiliano. Así lo comentaban a menudo los periódicos del país, asombrados con el entusiasmo que mostraban los indios por aquel hombre que había llegado de tan lejos.



Cueva del Tabaco, donde se resguardó el archivo de la República.
Archivo Benito Juárez. Fondo Resguardo. Bibioteca Nacional.
UNAM.

Al regresar a la capital, el emperador formó una comisión mixta de europeos y mexicanos encargada de estudiar los medios para mejorar el nivel de vida de los indios. Unos meses después, en noviembre, el proyecto de ley que redactó la comisión fue aprobado por su gobierno, a pesar del temor —del horror— con que lo vieron algunos de sus ministros. El objeto de la ley era proteger a los trabajadores del campo, indios en su mayoría. Prohibía el castigo corporal; limitaba las horas de trabajo; garantizaba el pago de los salarios en moneda de metal; controlaba los créditos otorgados en las tiendas de raya; estipulaba que las deudas contraídas por los padres no podían ser heredadas por los hijos; garantizaba, en fin, la educación de los peones a cuenta de las haciendas. Maximiliano, con esa ley, fue quizás el primer estadista en el mundo que legisló a favor de los trabajadores.

La Ley del Trabajo, como tantas otras, inspiradas también por un sentido de justicia, no pudo ser hecha valer por las autoridades del Imperio. Maximiliano no tenía la fuerza necesaria para castigar su violación. En los hechos, los hacendados dejaron de contratar a quienes invocaban sus

beneficios, por lo que, privados de su fuente de trabajo, los peones estaban obligados a laborar en los términos de su patrón. La ley, sin mejorar la suerte de los trabajadores del campo, acrecentó, en cambio, la hostilidad de los propietarios de tierras hacia la figura de Maximiliano. Estaban contra todas sus leyes. Contra la de Imprenta, que defendía la libertad de prensa; contra la de Justicia, que creaba la figura del ministerio público; contra la de Instrucción, que sentaba las bases para la educación primaria obligatoria y gratuita a lo largo del Imperio. Era obvio que la persona que reinaba no tenía intenciones de revertir la obra de los liberales, sino de refrendarla. "No es un emperador, es un empeorador", murmuraban los conservadores.[44]

XVII. Las debilidades del emperador

Maximiliano no nada más tuvo malentendidos con sus aliados en México —con la Iglesia y con el Partido Conservador. También los tuvo, para colmo, con el ejército de Francia. Su comandante, el mariscal Achille Bazaine, era un hombre de origen humilde que años atrás había sido condecorado por su valor durante la guerra contra los austríacos en la Lombardía. Max tenía con él una relación muy áspera. Le recriminaba su desobediencia y su despilfarro, y no le faltaba razón, desde su punto de vista. El ejército de Francia —que incluía sudaneses, argelinos y negros de la Martinica— actuaba bajo las órdenes de Napoleón, por lo que jamás subordinó sus actos a la voluntad de Maximiliano. Al mismo tiempo, no obstante su eficacia en el campo de combate, monopolizaba la mayoría de los créditos destinados al Imperio, así como también el control de las aduanas en el Golfo. Por todo eso, Bazaine no tuvo nunca —ni podía tener— una relación más o menos buena con Maximiliano.

La personalidad del emperador contribuyó también al desengaño de sus aliados. Max era amable, bondadoso, honesto, trabajador. Pero también iluso, maleable, vacilante, frívolo. Sobre todo frívolo. Durante la travesía a México, por ejemplo, en medio de tantas preocupaciones, había dedicado sus días a redactar —él en persona— un ceremonial de la corte que tendría, al ser impreso, alrededor de quinientas páginas. Más tarde, ya en México, había disipado su fortuna, en medio de una guerra de vida o muerte, en unir al castillo de Chapultepec con la Ciudad de México por medio de un boulevard, el Paseo del Emperador. Todas las mañanas, los habitantes de la capital lo

veían salir por ese boulevard —vestido de gris, con sombrero de copa— en una carroza tirada por seis mulas blancas que llevaban unas campanillas en el cuello.

A la izquierda, Ángela Peralta. FINAH. A la derecha, Concha Méndez. Fotografía Cruces y Campa. FINAH.

Las obras emprendidas por el emperador, muy numerosas, fueron en general elogiadas por los mexicanos. Embelleció el Zócalo y reforestó la Alameda; promovió la conservación de las pirámides de Teotihuacán; creó el Museo de Arqueología; fundó la Academia Imperial de Ciencias y Literatura, entre cuyos miembros destacaban Leopoldo Río de la Loza, José Fernando Ramírez y Joaquín García Icazbalceta. Una de sus debilidades era el espectáculo. Concha Méndez fue premiada por el arte de sus habaneras; Ángela Peralta fue nombrada cantarina de cámara; José Zorrilla fue propuesto

para dirigir el Teatro Nacional. Maximiliano había conocido al poeta español a mediados de 1865, en un recorrido por la hacienda Los Reyes. Quedó fascinado con él. Quería incluso construir un teatro para representar ahí sus obras. Vivía en un mundo de fantasía. “En vez de construir teatros y palacios, es fundamental poner orden en las finanzas y en los caminos”, lo reprendió Napoleón III.[45]

XVIII. Las finanzas públicas

El problema de las finanzas fue quizás el más grave de todos los que tuvo que tratar el gobierno de Maximiliano. Al aceptar la corona, el emperador había tenido que firmar un documento donde se comprometía a pagar 270 millones de francos a Francia. Esa cifra era, en realidad, impagable para un país cuya economía estaba en bancarrota después de tantos años de guerra. Para poder honrarla, sin embargo, empezó los trámites para conseguir un préstamo en los bancos de Londres y de París. Nada más una parte de ese préstamo llegó a México —diez millones de francos— una vez reembolsados los gastos de Francia. Fue necesario buscar nuevos recursos. Max los consiguió por medio de Henri Corta, su primer asesor económico en México. Los informes de Corta en la Asamblea de Francia, favorables a Maximiliano, contribuyeron a que los banqueros aceptaran ofrecer un segundo préstamo al Imperio Mexicano.

Moneda de un peso acuñada por el Imperio Mexicano. © Wikimedia Commons. El repositario multimedia libre.

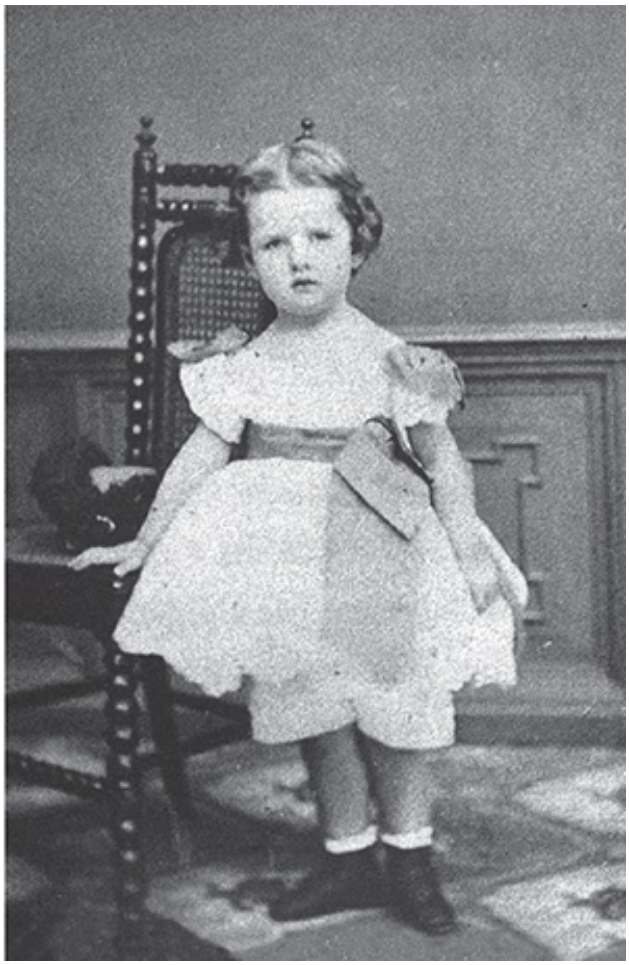
El segundo préstamo, hecho efectivo en 1865, era del orden de cien millones de francos. Maximiliano lo recibió junto con una carta de Napoleón, quien le aconsejaba (ya parecían mandatos todos sus consejos) la máxima economía con el dinero, "pues en mucho tiempo no será posible reunir en Europa más fondos para México".[46] Antes de terminar el año, sin embargo, los cien millones estaban agotados. Corta había regresado a Francia. También su sucesor, un economista llamado Bonnefonds. El Imperio estaba en bancarrota. Entonces llegó lo que parecía la solución, uno de los economistas más brillantes de Europa: Jacques Langlais. Langlais redujo los gastos del Imperio mediante la supresión de tres mil empleos y la disminución de un tercio de los emolumentos de los funcionarios del Estado. Al mismo tiempo, incrementó los ingresos al reformar las aduanas, reprimir el fraude y aumentar el importe de las alcabalas.

Las medidas de Langlais provocaron la cólera del gabinete de Maximiliano. Quizá precipitaron también su propia muerte. Jacques Langlais, luego de una enfermedad, murió de repente, sin poder realizar las reformas que tenía planeadas. Fue más tarde sustituido por el intendente Friant, un general del ejército francés, enemigo de Bazaine, al que criticaba por su derroche de recursos durante las campañas del Imperio. A los pocos meses, Friant, presionado por Bazaine, tuvo que renunciar a servir en el gabinete de Maximiliano. Fue el último asesor financiero del emperador. La celeridad con la que todos ellos —Corta, Bonnefonds, Langlais, Friant— se sucedieron en ese puesto, uno tras otro, muestra con elocuencia la crisis de la hacienda del Imperio. Fue una crisis que nunca pudo resolver Maximiliano.

XIX. El rompimiento con Francia

En enero de 1866, Maximiliano salió hacia Puebla para recibir a su mujer, quien acababa de pasar unos meses en la península de Yucatán. El emperador pensaba que Yucatán era, por su posición, esencial para realizar un proyecto que le seducía, el de consolidar la hegemonía de México en América Central. "Llegará tal vez el día en el que algunas provincias de la frontera norte tendrán que ser cedidas a Estados Unidos", escribió, con su peculiar inconsciencia. "Las dejaré de buena gana a cambio de ganancias sólidas en América Central, pues nuestra verdadera orientación consiste en dirigir el Imperio hacia la posición central del nuevo continente, concediendo el dominio del norte a Estados Unidos y el del sur a Brasil".[47] Su proyecto contemplaba más, mucho más: casar a su hermano Luis Víctor con una de las hijas del emperador de Brasil, con el fin de fundar una dinastía Habsburgo en América del Sur. Esto último no lo pudo realizar por una serie de razones, entre otras porque Luis Víctor, a quien no le gustaban las mujeres, estaba feliz de vivir en Viena. Maximiliano dejó Puebla para salir con su mujer a Chalco. A bordo de unas canoas llegaron ambos a Xochimilco, y después, en unas diligencias, a Cuernavaca. Allí recibieron en enero la noticia de la muerte de Leopoldo. Más tarde, en febrero, recibieron una carta de Napoleón donde les anunciaba que había que poner fin —"lo más pronto posible"— a la Intervención Francesa.[48] Las desgracias no paraban. En marzo falleció la abuela de Carlota, sin entender jamás por qué un Habsburgo había aceptado depender de un Bonaparte. Todos esos golpes fueron terribles para los emperadores. Carlota tenía jaquecas y depresiones, y la gente rumoraba que

le habían querido dar toloache en Yucatán. Maximiliano, por su lado, a veces sombrío, a veces eufórico, empezó a sufrir los ataques de disentería que lo seguirían hasta la muerte, y que sus médicos trataban de paliar con agua de Seltz. A pesar de todo, las cartas que mandó por esos días no revelaban sus tribulaciones. Al contrario, escribía que estaba "más fuerte y más robusto que antaño" y que su mujer estaba "fresca y alegre".[49]



El príncipe Agustín de Iturbide y Green, heredero de Maximiliano. Fotografía Julio Valleto. MNH.

El emperador inventaba su propia verdad para poder huir de la terrible realidad, como lo muestran sus cartas. La emperatriz, en cambio, quería cambiar esa realidad, pero no pudo: enloqueció. Sus días estaban ensombrecidos por una multitud de razones. No nada más públicas, también

privadas. Le desolaba no poder tener un heredero. Meses atrás, Maximiliano, preocupado por el asunto, había tomado la decisión de adoptar a Agustín de Iturbide y Green, un niño de dos años, nieto del primer emperador de México. Los Iturbide, a cambio de recibir una suma de dinero, abandonaron el país para dejar al niño bajo la tutela del emperador. Todos lo borraron de sus vidas, menos su madre —"una americana medio loca", decía Maximiliano.[50] Agustín vivía con la emperatriz en el castillo de Chapultepec. La llamaba *Mamá Carlota*, expresión que después habría de utilizar el general Vicente Riva Palacio para mofarse de la esterilidad de la soberana de México.

XX. Los amores de Maximiliano

Maximiliano descubrió Cuernavaca, junto con su mujer, en enero de 1866. Después habría de regresar muy a menudo, aunque ya sin Carlota. Solía partir a las tres de la mañana, provisto de buen vino, en "un coche pequeño y ligero como una pluma", según lo describió, para llegar a las once a Cuernavaca.[51] Iba escoltado por un escuadrón de dragones y otro de húsares. La ciudad estaba a 80 kilómetros de la capital, por el camino de piedras que pasaba por el Ajusco. El emperador habitaba la Quinta Borda, así conocida por haber sido del minero Juan de la Borda. Restauró la casa, desbrozó los jardines, limpió las veredas. Más tarde mandó construir, en Acapantzingo, una villa que llamó El Olvido. Vestido de blanco, con su chaqueta de dril y su sombrero de paja, rodeado de rosas y de laureles, de mangos y de naranjos, entre fuentes y manantiales, estudiaba las flores y los insectos de la región. "Vivimos en medio de un jardín [escribió]. En la terraza cuelgan nuestras hamacas, y mientras los pájaros multicolores nos encantan con sus trinos, nos hundimos en los más dulces sueños".[52] Gozaba la vida mientras todo a su alrededor se desplomaba.

El emperador tuvo, según algunos testimonios, varios amores en Cuernavaca. Su vida, en este renglón, está llena de rumores. Hay unos que dicen que fue amante de Guadalupe Martínez, hija de un funcionario del Imperio, a quien conoció en un baile con motivo del Año Nuevo. Hay otros que dicen que tuvo, además, no una aventura, sino una relación con una muchacha de diecisiete años, india, hija del jardinero de El Olvido. Su nombre era Concepción Sedano, pero la gente la llamaba La India Bonita.

Max pensaba en ella, parece ser, al mencionar en una carta a “una joven india inocente que me testimonia un afecto ingenuo que me es muy dulce”.[53] Su español, tan áspero, era más suave cuando platicaba con ella. La necesitaba. “¡Se está tan solo en la vida!”, decía.[54] Un día se supo que la hija del jardinero sería madre. Todos pensaron en Max. También Carlota. El golpe fue muy duro para ella. Desde hacía tiempo había dejado de actuar en la política, dedicada más bien a las obras de caridad. Usaba vestidos oscuros, lisos y cerrados, y siempre tenía el rostro cubierto por una mantilla. Estaba frustrada en su amor, en su ambición y en su deseo de ser madre.

Maximiliano siempre estuvo enamorado del paisaje de su nueva patria. El valle de México en una pintura de José María Velasco.

XXI. El ocaso del Imperio

A finales de junio de 1866, Maximiliano recibió en Chapultepec un despacho de Napoleón, que le comunicaba su decisión de comenzar a regresar sus tropas a Francia. Entre las razones que le daba no le mencionaba la fundamental: la hostilidad de Estados Unidos. El triunfo de los unionistas sobre los confederados había significado también el triunfo de la oposición a la presencia de los franceses en México. El general en jefe de los unionistas solía dar órdenes a sus oficiales de cruzar la frontera para, según él, "ayudar a Juárez".[55] Don Benito Juárez aceptaba sin complejos el apoyo que le daba Washington. Su embajador en esa ciudad, incluso, le propuso ceder a los yanquis una parte del territorio del país a cambio de soldados y recursos. Estados Unidos no nada más ejerció su presión sobre París, también sobre Viena. Los austríacos que por esas fechas estaban a punto de salir de Trieste como voluntarios del Imperio —dos mil en total— recibieron instrucciones de tornar a sus cuarteles porque el embajador de Estados Unidos amenazó con partir de Viena en el momento en que salieran hacia México.

La emperatriz Carlota. © Wikimedia Commons. El repositario multimedia libre.

Maximiliano, abrumado por la situación, contempló la posibilidad de renunciar al trono. Entonces irrumpió Carlota. La emperatriz le ofreció viajar en su lugar a Europa con el fin de pedir ayuda militar y financiera en Francia y lograr, asimismo, un concordato con el papa en Roma. Le mandó también una memoria en la que le demostraba, con ejemplos tomados de la historia, lo fatal que sería para ellos abdicar. "La soberanía es la propiedad más sagrada que puede haber en el mundo [le dijo]. No se abandona un trono como se sale de una asamblea".[56] El emperador aceptó su consejo. Enfermo, con una fiebre muy alta, salió con ella de Chapultepec el 9 de julio hacia el poblado de Ayotla. Allí vivieron juntos unos días de reconciliación y de felicidad. "Dios la guíe y nos la devuelva sana y contenta", escribió Max a su madre, la archiduquesa Sofía.[57] Carlota, sin embargo, no volvería ni sana ni contenta de su viaje por Europa.

El 4 de septiembre, Maximiliano recibió un cable de Carlota, uno de los primeros que cruzaban el Atlántico. Estaba redactado en español. "Todo es inútil", le decía.[58] No tenía él manera de saber en ese momento la magnitud de la tragedia de la emperatriz. En octubre recibió dos cables más. Ambos le informaban que su mujer estaba siendo atendida por un especialista en enfermedades de la mente. Los detalles de su locura le fueron omitidos. No le dijeron que Carlota declaraba haber visto a Paulino Lamadrid, jefe de su guardia, vestido de organillero con un piano de Barbaria. Ni que se había arrojado a beber a la Fontana di Trevi. Ni que había metido los dedos a la taza de chocolate que tomaba Su Santidad. Ni que en el Albergo di Roma conservaba en sus habitaciones unos pollos vivos atados a la pata de una mesa, que pedía que le mataran enfrente de sus ojos para comerlos sin temor a ser envenenada por los esbirros de Napoleón III. Carlota, que viviría loca por más de sesenta años, pensaba que Max era "dueño de la Tierra y soberano del Universo".[59]

XXII. La tentación de abdicar

Junto con la noticia de la enfermedad de su mujer, Maximiliano recibió una carta de París, donde Napoleón le decía que no podría dar "ni un escudo más ni un hombre más" al Imperio Mexicano.[60] El emperador tenía calentura, disentería, malaria, una infección en la garganta. Estaba derrotado. Hizo planes para su partida. El 21 de octubre, a las cuatro de la mañana, salió de Chapultepec hacía el puerto de Veracruz. En el trayecto —era el colmo— le robaron las mulas que tiraban su carruaje. Una vez en Orizaba permaneció en la hacienda de Jalapillas, propiedad de la familia Bringas. Su salud mejoró con el clima. Junto con su médico de cabecera, Samuel Basch, cazaba insectos y mariposas en los alrededores de Jalapillas. Había decidido renunciar al trono. Estaba por fin en paz. Los miembros de su gabinete, entonces, arremetieron en contra de su decisión. Todos ellos, muy reaccionarios, eran dirigidos por un ultramontano, don Teodosio Lares. Miramón y Márquez, por su parte, acababan de tornar a su país. El emperador, abandonado por los franceses, había tenido que recurrir a los conservadores para gobernar en México.

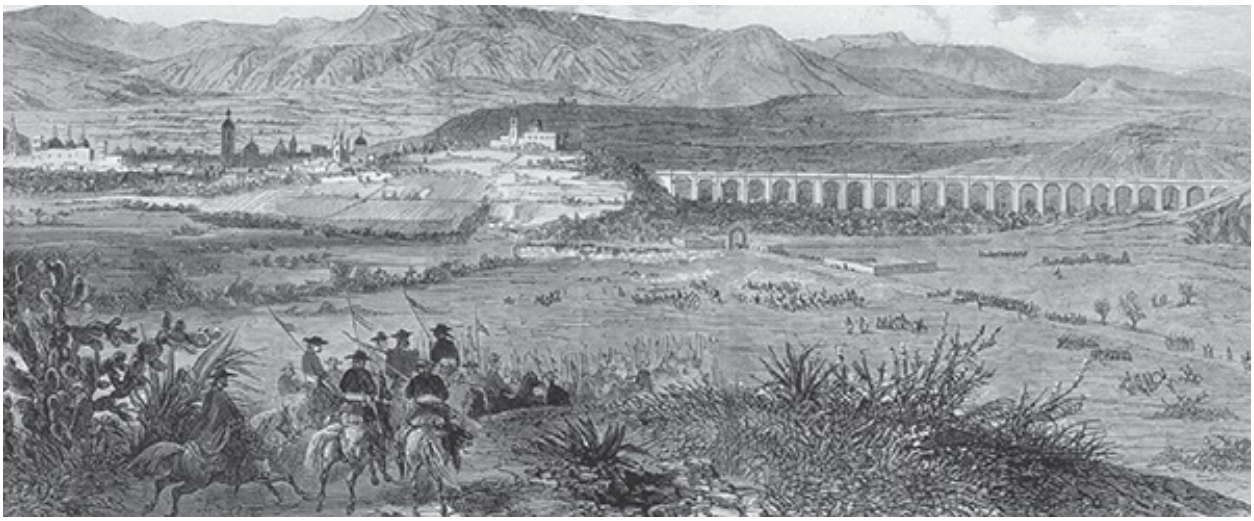
Maximiliano y miembros de la corte en la Hacienda de la Teja
jugando criquet. Fotografía F. Aubert. MRA.

Presionado por su sentido del honor, Maximiliano convocó a sus colaboradores a un consejo de ministros en Orizaba para decidir el futuro del Imperio. Eran dieciocho consejeros, entre ellos cuatro ministros, instalados todos en la hacienda de los Bringas. El emperador, vestido de gris, los saludó con amabilidad, para salir después a pasear al lado de su médico. Los consejeros tomaron su decisión el 28 de noviembre. Diez de los dieciocho votaron contra la abdicación, encabezados por Lares, que tenía voto de calidad por ser presidente del Consejo de Ministros. Maximiliano, pues, tuvo que permanecer en México. Su plan era reunir un congreso —"sobre las bases más amplias y más liberales"— con el apoyo del ejército de la República.[61] "Este congreso [en sus palabras] determinará si el Imperio debe subsistir".[62] El 6 de enero el emperador estaba de regreso en la capital. Tuvo que vivir en la hacienda de la Teja, pues el castillo de Chapultepec había sido

desmantelado y robado por sus sirvientes, que lo suponían en el mar con destino a Europa. Por esos días, Maximiliano también supo que si reclamaba sus derechos de sucesión no sería recibido por el gobierno de Viena. Los republicanos acababan de interceptar, para luego publicar, una carta —marcada *secreta y confidencial*— que le mandaba desde Europa su hombre de confianza, Félix Eloin. En ella, Eloin le describía la popularidad que gozaba en Austria, en contraste con Francisco José, derrotado por los prusianos en la batalla de Sadowa. Le sugería, también, que podía regresar para reinar en su país. En Viena, la carta fue vista como una traición. Ello quizás explicaba la actitud de la familia de Max al conocer la noticia de que había decidido mantenerse a la cabeza del Imperio. "No puedo por menos de aprobar enteramente tu resolución de permanecer en México", le escribió su madre Sofía.[63] "Has hecho muy bien en acceder a quedarte en el país", coincidió su hermano Carlos Luis.[64] Ambos eran, entre los miembros de su familia, los seres que más quería Maximiliano.

XXIII. El sitio de Querétaro

El 5 de febrero de 1867, los franceses evacuaron la Ciudad de México. Su comandante, Bazaine, había manifestado en público su repudio a la política de los conservadores. Con ello terminaba la guerra de Francia contra México, aunque continuaba la lucha del Imperio contra la República. Unas horas antes de la salida de los franceses, en el Bajío, las tropas de Juárez habían aniquilado a las de Miramón en la batalla de San Jacinto, donde fueron apresados alrededor de quinientos monarquistas, entre ellos unos doscientos extranjeros, ejecutados todos en el curso de una noche por órdenes del general Mariano Escobedo. El Imperio no tenía recursos ni tenía ya tropas. Tampoco tenía la posibilidad de reunir un congreso para decidir su suerte, como había sido dictado en Orizaba. Maximiliano, entonces, resolvió parapetarse con sus hombres en una ciudad fiel a la monarquía para, desde ahí, salir al norte de país en busca de Juárez. El 13 de febrero partió con sus hombres a Querétaro. Todos los que lo rodeaban eran mexicanos. En el trayecto, vestido con el uniforme de general, montado sobre su caballo Orispelo, anunció que había tomado el mando de las tropas del Imperio.



Querétaro antes de la captura de Maximiliano. Litografía P. Blanchard. Colección privada.

El 19 de febrero, por la mañana, sus hombres divisaron los campanarios de Querétaro. La ciudad, baluarte del catolicismo, era una buena elección desde un punto de vista político, pero, rodeada de colinas, una mala elección desde un punto de vista militar. Así lo vio el príncipe Félix Salm-Salm: "Es el peor lugar en el mundo para defender [dijo], pues todas las casas pueden ser alcanzadas por fuego desde las montañas del alrededor".[65] Maximiliano dispuso los preparativos para la defensa. Tenía soldados bien equipados, aunque divididos por las rencillas entre Miramón, comandante de la infantería, y Márquez, jefe del Estado Mayor. Los queretanos, que lo querían, lo notaban muy nervioso. Fumaba sin descanso. Madrugaba para dictar cartas a su secretario, José Luis Blasio. Más tarde despachaba sus asuntos, hasta pasadas las nueve de la noche. Antes de dormir, para reposar, jugaba un poco de billar o de boliche. Al comienzo del sitio de la ciudad, el 13 de marzo, instaló su cuartel en el convento de la Cruz. Era temerario en los combates. Buscaba sin duda una bala que pusiera fin a su desgracia.

Maximiliano tenía ocho mil hombres para defender Querétaro. A fines de marzo, en busca de refuerzos, mandó a más de mil hacia la capital, bajo las órdenes de Márquez. Todo empeoró a partir de ese momento. Los refuerzos no llegaron. En abril, los techos de plomo del teatro fueron transformados en proyectiles; las campanas de las iglesias, a su vez, acabaron convertidas en

obuses. El emperador tenía que comer un pan que fabricaban las monjas con la harina de las hostias. El agua comenzó a escasear a principios de mayo, luego de que los republicanos volaran el acueducto. Las deserciones eran cotidianas. Maximiliano, entonces, decidió romper el cerco para tratar de salir hacia la Sierra Gorda. La víspera, sin embargo, pospuso su decisión. Acababa de tener una reunión con su compadre, el coronel Miguel López. Era el 14 de mayo. A la una de la mañana se retiró a dormir; tres horas más tarde se despertó con la voz de que la ciudad, como lo acordó con López, estaba en poder de los republicanos. Poco después fue capturado.

XXIV. El juicio

Maximiliano fue recluido con algunos de sus seguidores en el convento de los Capuchinos. El gobierno de Juárez anunció que sería juzgado por la Ley del 2 de Enero de 1862, "que define los crímenes contra la independencia y la seguridad de la Nación".[66] El proceso comenzó el 12 de junio en el Teatro Iturbide. Maximiliano, juzgado *in absentia*, fue defendido por abogados muy prominentes, uno de los cuales, Mariano Riva Palacio, era padre del autor de *Mamá Carlota*. Pesaban en su contra las atrocidades cometidas por los soldados del Imperio, como las del coronel Dupin. Pesaban también los decretos más brutales de su gobierno, que costaron tantas vidas, como aquel que disponía que todos los republicanos sorprendidos con las armas en la mano serían fusilados sin apelación en menos de veinticuatro horas. El 14 de junio, los miembros del consejo de guerra dejaron la sala del juicio para deliberar a solas. Diez horas más tarde, ya de noche, sin discrepar sobre la culpa del prisionero, pusieron a votación su castigo. Al entrar de nuevo, el secretario enumeró los crímenes de Maximiliano, así como los de Miramón y Mejía. Después leyó su sentencia: la muerte.

Soldados imperiales. © Wikimedia Commons. El repositario multimedia libre.

El 16 de junio, a mediodía, los reos conocieron su condena. Serían fusilados ese día, a las tres de la tarde. Maximiliano, al recibir la noticia, estaba tranquilo. El día anterior había sido notificado de la muerte de Carlota. “Acabo de saber que mi pobre esposa ha sido relevada de sus sufrimientos [dijo]. Esta noticia, tanto como rompe mi corazón, es por otra parte, en el momento actual, de un consuelo inaudito para mí”.[67] Sin perder la calma dictó su voluntad antes de morir. Al doctor Basch le detalló las instrucciones para su propio embalsamamiento; al general Escobedo le pidió que los miembros del pelotón le dispararan al pecho, para que su madre no tuviera la pena de verlo desfigurado. Hacia las dos de la tarde, en unión de sus

generales, comulgó en manos del padre Soria. Sonaron las tres de la tarde en el reloj de los Capuchinos. Entonces llegó un oficial con la orden de aplazar la ejecución para el 19 de junio.

Miguel Miramón. Colección particular.

En esos tres días de gracia, Maximiliano supo que era falsa la noticia de la muerte de Carlota. Ignoró hasta el final, en cambio, que su hermano Francisco José le había restituido sus derechos en Austria. Todos en ese momento trataban de salvarlo. Algunos de los hombres más famosos de su tiempo pidieron clemencia a Juárez, entre ellos el poeta Víctor Hugo y el patriota Giuseppe Garibaldi. Una de las mujeres más bellas del Imperio, la princesa Salm-Salm, ofreció su cuerpo maravilloso para sobornar a los

guardias de Maximiliano. Hubo también generosidad entre los prisioneros. El 17 de junio, el emperador escribió a Juárez para pedir, sin éxito, el indulto de Miramón y Mejía. Al mismo tiempo, Escobedo le ofreció la libertad a Mejía, quien tiempo atrás le había salvado la vida, pero Mejía, enfermo de tifoidea, no quiso abandonar a Maximiliano. El destino de los reos era la muerte. Ellos lo sabían. “Estoy aquí porque no le hice caso a mí mujer”, lamentaba con humor el general Miramón. “Yo estoy aquí porque sí le hice caso”, le contestaba Max.[68]

XXV. La muerte de Maximiliano

El 19 de junio, Maximiliano despertó a las tres y media de la mañana. A las cinco, vestido de negro, con el Toisón de Oro en el pecho, escuchó misa en la capilla de los Capuchinos. Al recibir los sacramentos permaneció arrodillado, con su rostro cubierto por sus manos. Más tarde desayunó con Miramón y Mejía. Hacia las seis, los tres fueron conducidos por sus guardias fuera de las celdas. En el momento de salir, el emperador levantó la vista para ver el cielo. "¡Qué hermoso día! [exclamó]. Siempre quise morir en un día como éste".[69] Los reos subieron al Cerro de las Campanas. Mejía casi se arrastraba, seguido por su esposa con su niño de pecho que lloraba. Entre la multitud estaba también el fotógrafo de Maximiliano, el francés François Aubert. Sus fotos y sus dibujos permitirían a la posteridad reconstruir ese momento. Los condenados permanecían al lado de un muro de adobe, frente a un pelotón que formaban quince soldados. Maximiliano caminó hasta los más próximos para ofrecerles a cada uno una pieza de oro, pidiéndoles una vez más que apuntaran al corazón; luego le cedió el lugar de honor —el centro— al general Miramón. "Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria [gritó]. ¡Viva México!".[70]

Pelotón de fusilamiento. Fotografía F. Aubert. © Wikimedia Commons. El repositario multimedia libre.

Después del fragor de los disparos hubo silencio. “He esperado la muerte con calma”, había dicho Maximiliano, “y quiero igualmente gozar de calma en el féretro”.[71] Este último deseo suyo no pudo ser cumplido. Los cadáveres de los condenados, envueltos en sábanas de lienzo, fueron puestos en unos ataúdes preparados en el lugar de la ejecución. El del emperador era demasiado pequeño —él era muy alto— por lo que sus pies salían por uno de los extremos. Su cuerpo fue llevado al convento de los Capuchinos, donde fue embalsamado por los médicos de la República. Después fue vestido con botas, guantes y levita, y retocado con los ojos negros de la estatua de Santa Úrsula del Hospicio de Querétaro. El cuerpo permaneció más o menos olvidado en un rincón de la casa del gobernador de la ciudad. Así pasaron los

meses. Hacia principios de septiembre, a causa de las deficiencias del embalsamamiento, empezó a despedir olores muy intensos. El cristal del ataúd terminó roto por los gases de la descomposición.

La última vez que Maximiliano apareció vivo. Archivo MNH.

Fue necesario trasladar el cadáver al hospital de San Andrés, en la Ciudad de México, Ahí, los médicos lo sumergieron en un baño de arsénico, para luego colgarlo del techo de la capilla con el fin de sacarle los fluidos de la putrefacción. El cuerpo permaneció así por muchos días. Los médicos, entonces, procedieron una vez más al embalsamamiento. Por esas fechas lo vio Juárez. Era la primera vez que veía a quien llamaba siempre, con

desprecio, el Austríaco. Don Benito, luego de meses de espera, entregó por fin el cuerpo del archiduque al representante de Austria, quien escoltado por sus hombres lo recogió a fines de noviembre en San Andrés. El 4 de diciembre, con él a bordo, la *Novara* zarpó de Veracruz. Llegó a Trieste el 16 de enero, y fue luego conducido en tren a Viena. Allí permaneció unos días, cubierto por la nieve del Hofburgo. El 20 de enero de 1868 fue inhumado en la cripta de los Capuchinos, la morada final de los Habsburgo.

Notas

1. Suzanne Desternes y Henriette Chandet, *Maximiliano y Carlota*, México, Diana, 1967, p. 12.
2. *Ibid*., p. 16.
3. Joan Haslip, *The Crown of México*, Nueva York, Avon, 1973, p. 25.
4. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit*., p. 22.
5. *Ibid*., p. 24.
6. *Ibid*., p. 26.
7. *Ibid*., p. 28.
8. Citado por J. Haslip, *op. cit*., p. 58.
9. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit*., p. 39.
10. Maximiliano de Habsburgo, *Memorias*, México, Escalante, 1869, p. 214.
11. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit*., p. 36.
12. Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 42.
13. Citado por S. Desternes y H. Chandet, *op. cit*., p. 52.
14. J. Haslip, *op. cit*., p. 94.
15. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit*., p. 63.
16. *Ibid*., p. 74.
17. *Idem*.
18. *Ibid*., p. 76.
19. *Ibid*., p. 79.
20. *Ibid*., p. 82.
21. *Ibid*., p. 87.
22. *Ibid*., p. 88.
23. Maximiliano de Habsburgo, *Memorias*, vol. II, México, Escalante, 1869, p. 113.
24. E. C. Corti, *op. cit*., p. 57.

25. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. l0l.
26. José C. Valadés, *Maximiliano y Carlota en México*, México, Diana, 1993, p. 34.
27. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. 136.
28. J. C. Valadés, *op. cit.*, p. 133.
29. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. 99.
30. E. C. Corti, *op. cit.*, p. 239.
31. Citado por S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. 165.
32. E. C. Corti, *op. cit.*, p. 251.
33. Citado por S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. 171.
34. *Ibid.*, p. 174.
35. Fernando del Paso, *Noticias del Imperio*, México, Diana, 1988, p. 254.
36. J. C. Valadés, *op. cit.*, p. 10.
37. *Ibid.*, p. 167.
38. E. C. Corti, *op. cit.*, p. 290.
39. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. 239.
40. J. Haslip, *op. cit.*, p. 271.
41. Citado por J. C. Valadés, *op. cit.*, p. 193.
42. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. 224.
43. *Ibid.*, p. 225.
44. *Ibid.*, p. 228.
45. *Ibid.*, p. 230.
46. E. C. Corti, *op. cit.*, p. 659.
47. J. Haslip, *op. cit.*, p. 342.
48. E. C. Corti, *op. cit.*, p. 673.
49. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. 270.
50. E. C. Corti, *op. cit.*, p. 513.
51. *Ibid.*, 289.
52. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. 247.
53. *Ibid.*, p. 248.
54. *Idem.*
55. Citado por J. C. Valadés, *op. cit.*, p. 243.
56. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. 283.
57. E. C. Corti, *op. cit.*, p. 452.
58. J. Haslip, *op. cit.*, p. 401.
59. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. 337.
60. E. C. Corti, *op. cit.*, p. 680.

61. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. 351.
62. *Idem*.
63. E. C. Corti, *op. cit.*, p. 552.
64. *Ibid*., p. 553.
65. J. Haslip, *op. cit.*, p. 470.
66. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. 386.
67. *Ibid*., pp. 404-405.
68. J. Haslip, *op. cit.*, p. 495.
69. S. Desternes y H. Chandet, *op. cit.*, p. 411.
70. José Manuel Villalpando, *Maximiliano frente a sus jueces*, México, Escuela Libre de Derecho, 1993, p. ll2.
71. Citado por J. C. Valadés, *op. cit.*, p. 395.

Maximiliano de Habsburgo ostentó el título de emperador de México entre 1864 y 1867. Su vida como monarca trascendió hasta nuestros días, con especial dramatismo, por su trágico final. Fue un personaje a la vez polémico, ridículo y notable. El papel que desempeñó en México reflejó los cambios que propiciaba, en ese momento, el ajedrez mundial, jugado sobre todo en Europa y Norteamérica. Víctima o cómplice, su nombre resuena al lado de aquellos personajes que, como Benito Juárez y Miguel Miramón, marcaron nuestra historia frente al mundo en el siglo XIX.

Esta concisa biografía introduce a este destacado personaje histórico en el contexto de los 150 años del final del Imperio Mexicano, bajo la pluma de Carlos Tello Díaz, autor de *Porfirio Díaz. Su vida y su tiempo* (Premio Mazatlán de Literatura 2016).

Carlos Tello Díaz es licenciado y maestro en filosofía y letras por la Universidad de Oxford y doctor en historia por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Escribe en el diario *Milenio* y en la revista *Nexos*. Entre sus libros destacan *El exilio: un relato de familia* (Debolsillo, 2013), *La rebelión de las Cañadas* (Debolsillo, 2013), *En la selva, 2 de julio* y *Los señores de la Costa* (Grijalbo, 2014). Fue brigadista en las montañas de Nicaragua, marinero en el barco *Sonia* y jefe de la expedición Yutajé que contactó a los yanomami del río Putaco, en el Amazonas. Ha sido investigador en las universidades de Cambridge, Harvard y La Sorbona, y actualmente trabaja en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM.

Maximiliano, emperador de México

Primera edición digital: abril, 2017

D. R. © 2017, Carlos Tello Díaz

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Penguin Random House / Daniel Bolivar, por diseño de portada
D. R. © J. Malvich Trieste de Wikimedia Commons, El Repositorio Multimedia Libre, por fotografías de portada y del autor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.com.mx)

ISBN: 978-607-315-269-3

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

ÍNDICE

Maximiliano, emperador de México

ADVERTENCIA

I. EL ARCHIDUQUE MAXIMILIANO
II. EL HEREDERO AL TRONO DE LOS HABSBURGO
III. LOS AMORES DE JUVENTUD
IV. LA FLOTA DE AUSTRIA
V. EL EMPERADOR NAPOLEÓN Y LA PRINCESA CARLOTA
VI. LOS AÑOS EN ITALIA
VII. EL CASTILLO DE MIRAMAR
VIII. EL DISTANCIAMIENTO CON CARLOTA
IX. LOS MONARQUISTAS DE MÉXICO
X. LOS MOTIVOS DE NAPOLEÓN
XI. LA INTERVENCIÓN FRANCESA
XII. LA ACEPTACIÓN DE LA CORONA
XIII. EL VIAJE A MÉXICO
XIV. LOS COMIENZOS DEL IMPERIO
XV. LA IGLESIA
XVI. LA MONARQUÍA LIBERAL

XVII. Las debilidades del emperador
XVIII. Las finanzas públicas
XIX. El rompimiento con Francia
XX. Los amores de Maximiliano
XXI. El ocaso del Imperio
XXII. La tentación de abdicar
XXIII. El sitio de Querétaro
XXIV. El juicio
XXV. La muerte de Maximiliano
Notas

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos